



EDITH RAMÍREZ FERREIRA

SERIE BIOGRAFÍAS

MEDALLA AL MÉRITO DE
LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER



MEDALLA AL MÉRITO DE LA MUJER DOMINICANA

Cada año, el 8 de Marzo, engalana la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, reconocimiento creado mediante el Decreto No. 3013 en el 1985, para reconocer el trabajo y la valía de mujeres que, con su trayectoria y aportes, reafirman históricamente que han sido siempre grandes conquistadoras y luchadoras en todos los ámbitos, superando y cerrando las brechas sociales, económicas y políticas.

A través de este reconocimiento, año tras año, se ven los aportes de las mujeres en cada postulación recibida, en cada candidatura que muestra con vastas evidencias, la capacidad de las mujeres en todo lo que se proponen, el tiempo que invierten y los frutos obtenidos a pesar de las limitaciones y dificultades.

Para el Ministerio de la Mujer este galardón es un orgullo, es motivo de alegría, y un acto de justicia reconocer junto al Poder Ejecutivo a esas grandes mujeres dominicanas, que con su trabajo no solo contribuyen al desarrollo humano, sino también dejan en alto, dentro y fuera del país, a la República Dominicana.

En su entrega número 36, catorce mujeres destacadas en las categorías de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, Municipalista, Emprendedurismo e Innovación, Inclusión e Igualdad, Deporte, Labor Comunitaria, Empresaria destacada en el extranjero, Política, Salud, Laboral y Póstuma, recibieron este importante reconocimiento mediante el Decreto del Poder Ejecutivo No. 143-21.

MARGARITA CORDERO

EDITH RAMÍREZ FERREIRA

SERIE BIOGRAFÍAS MEDALLA AL MÉRITO
DE LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER

Santo Domingo, República Dominicana
2022

Ministerio de la Mujer

Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana

Biografía Edith Ramírez
Medalla al Mérito a la Mujer Dominicana 2021,
Categoría: Salud-Enfermería

Autora: periodista Margarita Cordero
Revisión de estilo: Aimara Vera
Cuidado de edición: Carolina Acuña
Diseño y diagramación: Dirección de Comunicaciones
Impresión: Servicios Gráficos Tito
ISBN: 978-9945-9342-0-5

©Ministerio de la Mujer, 2021
Av. México Esq. 30 de Marzo, Bloque D, segundo piso,
Santo Domingo, D. N., República Dominicana
Teléfono: (809)685.3755
E-mail: info@mujer.gob.do
www.mujer.gob.do

Agradecimientos

Agradecida por este libro, en primer lugar con Dios mi creador, a mis padres, hermanos fallecidos y de manera especial a:

Mi hijo desaparecido, mi hija y a mi hermana.

La Revolución Constitucional del 24 de abril, indispensable para yo estudiar enfermería.

La Universidad Autónoma de Santo Domingo, por cobijarme en sus regazos.

Al presidente Luis Rodolfo Abinader y a doña Raquel Arbaje.

Al Ministerio de la Mujer por elegirme como meritoria en en la categoría de Salud.

A mis colegas de enfermería, y del sector salud en general.

A la Maternidad de los Minas mi segundo hogar.

Edith Ramírez

Índice

Capítulo I	La infancia itinerante	15
Capítulo II	Recuerdos felices	21
Capítulo III	El compromiso social como norte	33
Capítulo IV	Arraigada vocación patriótica	47
Capítulo V	Por los caminos de la investigación	57
Capítulo VI	Dos amigas	67
Capítulo VII	Una hija	77
Capítulo VIII	Sueños que permanecen	85

Presentación

Con estas publicaciones, el Ministerio de la Mujer inicia la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, con la finalidad de crear un acervo bibliográfico sobre mujeres galardonadas cada 8 de marzo, por su destacada participación en el ámbito económico político y social del país.

Cada una de las biografiadas representa una forma distinta de construirse mujer. Son distintos sus orígenes y distintos los derroteros de sus vidas. Empero, todas tienen en común haber enfrentado con decisión y valentía los obstáculos que la cultura patriarcal opuso a la conquista de sus sueños. Todas ganaron para ellas el espacio desde el cual han afirmado su valor social y de género.

Gracias al esfuerzo de incontables teóricas feministas a lo largo de las últimas seis décadas, a la historiografía masculinizada le resulta hoy imposible hablar de historia omitiendo a las mujeres. Un logro, sin duda alguna, sobre el intencionado ocultamiento de la contribución femenina a la lucha de los pueblos por la justicia.

Pero este logro debe ser complementado con la historia de las mujeres, es decir, como afirma Ana Linda García Peña, con la explicación de los cambios en las relaciones de poder que perpetúan la desigualdad, la dominación masculina y la subordinación femenina.

En nuestro país, donde la historiografía sigue siendo desigual con las mujeres, el inicio de esta colección también busca reivindicar el valor personal de las biografiadas y sus logros sociales como dinamismo y a la vez consecuencia de la lucha de todas mujeres contra la discriminación y la exclusión.

El inicio de la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana reafirma el compromiso del Ministerio de la Mujer con un mundo en el que las mujeres, libres del lastre de las desigualdades, puedan desplegar las alas de la creatividad y mirar el futuro con optimismo.

Mayra Jiménez
Ministra de la Mujer

36^º ENTREGA
MEDALLA AL
*é*rito
DE LA MUJER DOMINICANA
2021





El presidente constitucional de la República imponiendo la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, en la categoría de Salud, a Edith Ramírez.



Capítulo I:

La infancia itinerante



I. La infancia itinerante

Cada día, a las cinco de la mañana, y sin necesidad de que un reloj ruidoso la despierte, Edith Ramírez Ferreira se levanta, enciende la luz de su habitación, va a la cocina, hace café y paladeando todavía el sabor de la bebida, sale al patio para regar sus plantas. El patio es pequeño, pero entrañable. Los tarros se alinean contra la pared. Algunos cuelgan de improvisados ganchos, otros descansan sobre una mesa. Pasea la mirada por el verdor que no es aún visible porque a esa hora la luz es escasa, pero ella lo imagina. Con una leve sonrisa asomando a los labios, se dice que vale la pena el cuidado que le dedica a su minúsculo jardín. Sus plantas son generosas y le regalan vigorosos follajes y flores multicolores. Ella les agradece y, a veces, les habla con una voz tranquila.

Hay quienes dicen que hablarles a las plantas tiene un efecto benéfico en su crecimiento y floración. No es pura invención de jardineros parlanchines; la idea tiene historia. Aunque lo ignoren muchas de las personas que cotidianamente entablan conversación con sus rosas y claveles, con los helechos que penden del techo o las hortensias y orquídeas, la idea de que hablarles es favorecedor para ellas partió de nada más y nada menos que de un agente de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos especializado en interrogatorios. Una tarde de 1966 en que se aburría como una ostra, Cleve Backster tomó en sus manos el detector de mentiras y

lo acercó a una planta sin mayores pretensiones que las de pasar el rato y vio que el vegetal reaccionaba o eso afirmó desde entonces. Elaboró toda una teoría sobre la capacidad de las plantas de experimentar dolor y su percepción extrasensorial que amplió la tesis precursora del biofísico, botánico, escritor de ciencia ficción y arqueólogo Jagadish Chandra Bose, británico de origen bangladesí, quien utilizando un aparato de su invención estudió la reacción de las plantas cuando se las somete a estímulos variados, concluyendo que su crecimiento depende de estos impulsos.

Que los experimentos e hipótesis de Backster y Bose puedan ser extrapolados a la conversación humana con las plantas no está en la lista de cuestiones cuya irrefutabilidad científica a Edith le interese comprobar. Le basta con el amor por su pequeño jardín y disfrutar de él con una intensidad que no necesita de polígrafo ni crescógrafo: sus plantas le producen una diáfana alegría que les retribuye en silencio. Cumplido este ritual, en el que invierte alrededor de una hora, y que incluye barrer el patiecito, se alista para irse, junto a su hija Migeidy, al Laboratorio de Enfermería de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), donde reina indiscutible desde hace más de cuarenta años y donde, lo repite con frecuencia, le gustaría morir.

Edith Nació en Santiago el 12 de mayo de 1936, hija de Urbano Ramírez y Severina Ferreira. Ocho fueron los descendientes de esta pareja, pero no todos sobrevivieron; tres de ellos murieron sin alcanzar la adultez. Algo de esta unión de la que es hija todavía la intriga: cómo llegaron a conocerse su padre, nativo de El Cercado, y su madre, oriunda de Mao, dos pueblos a una distancia de 429.9 kilómetros. Si llegar hoy por carretera de uno al otro toma seis horas y media, no anda descaminado quien imagine que, para principios de la década de los años treinta del pasado siglo, ese viaje duraba una eternidad. Pero así es el azar.

No vivirá mucho tiempo en Santiago porque su padre era militar y su destino, la itinerancia. Aunque abandonó esta ciudad a una edad muy tierna, Edith recuerda la casa que en la que pasó sus primeros años de vida. La vivienda estaba situada en un barrio que, si la memoria no la traiciona, tenía un nombre alusivo al dictador; sus paredes eran de tabla

de palma y el techo de zinc. Nada de extraño que así fuera porque en aquella época la población escaseaba y la pobreza sobraba, en Santiago como en cualquier parte del país. Fuera cual fuera el nombre del sector, hoy debe tener otro que a Edith se le escapa. Durante los treinta y un años de la dictadura trujillista, el nombre del dictador y sus rimbombantes títulos, lo mismo que los nombres de sus hijos y padres anegaron territorios y espacios públicos como expresión del culto a la personalidad entronizado como práctica ideológica ineludible. Por donde quiera que miraras, algo recordaba “quién era el jefe” y, por tanto, a quién se debía sumisión y pleitesía. Tras el ajusticiamiento de Trujillo el 30 de mayo de 1961, la higienización onomástica fue de las pocas tareas cumplidas a cabalidad por la naciente democracia. Incontables barrios, edificios, parques, calles y avenidas recuperaron sus antiguos nombres o adquirieron nuevos. Para no ir más lejos, el Monumento a los Héroes de la Restauración, que hoy expresa la identidad santiaguera, se conoció como Monumento a la Paz de Trujillo.

Como fuese que se llamara entonces y se llame hoy, la niña que vivió en él debía asombrarse de la abismal diferencia entre su barrio y el casco urbano, con emblemáticos edificios de estilo republicano y una activa vida social y cultural reflejo de la pujanza económica de sus élites. Caminando de la mano de su madre, la pequeña Edith debió en algún momento asomar la cabeza al vestíbulo del icónico Hotel Mercedes, hoy en acelerado proceso de deterioro, que en aquellos años de su primera infancia era símbolo del progreso de la ciudad y punto de reunión de las clases altas no solo de Santiago, sino de todo el Cibao. O pasear por la histórica Calle del Sol, trazada en 1562, cuando fue fundado a orillas del Yaque el “primer Santiago de América”, afirma el historiador Edwin Espinal Hernández.

No la inscribirán en el registro civil de la ciudad donde vio la luz, sino en la capital, donde la familia llegó a vivir alrededor de 1941 como consecuencia de un nuevo traslado del padre guardia. Tenía cinco años. A esa edad, Edith recibirá las aguas bautismales en la iglesia San Carlos Borromeo y, como era casi ineludible, la apadrinó un capitán del Ejército, Eliseo Bienvenido Montero, y la amadrinó Crucita Montero. Pese a la humildad de su

arquitectura, cónsona con su entorno de entonces, el templo está ligado a la historia dominicana de una manera muy especial. Entre 1839 y 1843, en él ejerció su misión pastoral el sacerdote Gaspar Hernández. En un momento de ese lapso, el religioso comenzó a impartir clases de Filosofía que, posteriormente, trasladaría a la iglesia de Regina Angelorum. En el grupo de alumnos estaban Juan Pablo Duarte y otros jóvenes trinitarios. A decir de la heroína Rosa Duarte, hermana del patricio, las clases del sacerdote eran más “una junta revolucionaria que clase de estudios filosóficos”. Su influencia sobre los jóvenes conspiradores a favor de la república fue considerable, si bien su visión de la independencia no excluía la vuelta al dominio español, al que prefería sobre el haitiano. En 1843, debió tomar el camino del exilio porque fue expulsado del país por Charles Rivière-Hérard, un oficial del Ejército haitiano declarado presidente de Haití el 4 de abril de 1843, cargo del que renunció apenas un año después.

En el barrio de San Carlos, tan pobre como el santiaguero de donde provenía la familia, vivirá hasta que a su padre le llegue la orden de cambiar de destino. Entonces, toda la familia meterá sus bártulos en un improvisado y precario equipaje y lo seguirá allí donde a él lo manden. La separación era impensable.

Capítulo II:

Recuerdos felices



II. Recuerdos felices

Cualquiera podría esperar que, yendo de un lugar a otro sin apenas interrupciones, Edith Ramírez conserve de su infancia un recuerdo lleno de insatisfacciones. Que recuerde con amargura ese permanente desarraigo que le impedía estrechar lazos con niñas y niños de su edad, acoplarse a la escuela y su magisterio o, simplemente, sentir que pertenecía a un lugar específico. No es así. Cuando rememora esa época de su vida no duda en afirmar que fue plenamente feliz y que disfrutaba el cambio como aprendió después a disfrutar otros placeres de la vida.

“Fui una niña feliz. Antes los muchachos y muchachas no queríamos tantas cosas como las quieren los de ahora. Nos conformábamos con poco. Como mi mamá no trabajaba, siempre estábamos con ella y eso, pienso yo, nos daba cierta estabilidad emocional. Cuando fui un poco más grandecita tuve unas primas, Adriana, Lesbia y María, que iban al mismo colegio que yo, además de que vivíamos cerca”, recuerda.

De todos modos, hubo en aquel tiempo de su vida separaciones obligadas por la pobreza. En la primera mitad de la década de los cuarenta del pasado siglo, el núcleo urbano de la capital del país, entonces Ciudad Trujillo, apenas abarcaba unos pocos kilómetros cuadrados, y su arquitectura moderna, unas pocas cuadras. Extensas solo eran las restricciones de todo y cualquier orden. Durante los años que duró la Segunda Guerra Mundial, los trastornos de las economías centrales repercutieron en el país, al punto

de que productos de consumo cotidiano, como el arroz y el aceite, fueron controlados de manera estricta. El Ejército, al que pertenecía el padre de Edith, y los presos, sufrieron como ningún otro sector de la población el efecto de estas limitaciones. Cada mes, los comandantes de puesto debían rendir a sus superiores un detallado informe escrito del consumo de los productos restringidos, como consta en el tomo 11, volumen 4 del libro *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)* editado por el historiador Eliades Acosta Matos.

De puesto en la 19.^o Compañía del Ejército, ubicada en la esquina formada por las hoy avenidas Independencia y Abraham Lincoln y donde hasta hace relativamente poco quedaba la Unidad Antimotines Juan Pablo Duarte, Urbano Ramírez no ganaba lo suficiente para mantener a la familia cerca, por lo que la pequeña Edith debía pasar de lunes a viernes en casa de su abuela materna con el propósito de poder asistir a la escuela. Con ingresos reducidos y un transporte público casi inexistente, era imposible hacerlo de otro modo. El Colegio María Auxiliadora, abierto en 1938, será el plantel en que la niña cursará algunos grados de la primaria. Un año antes, en 1937, llegaron al país desde Cuba cuatro Hijas de María Auxiliadora, solicitadas a las autoridades salesianas por monseñor Ricardo Pittini con el ruego de que cada una “valiera por dos”. Acomodadas en el local que le habían reservado, las religiosas iniciaron su “obra oratoria” impartiendo catequesis a trescientas niñas y adolescentes pobres de los barrios aledaños. Pocos meses después, abrirá sus puertas el colegio para impartir las clases correspondientes a la primaria elemental, a las que asistirá Edith.

El tiempo no ha mellado la fidelidad de las imágenes que conserva de aquella época. La habitación de cuartería asignada a su padre por el Ejército donde se quedaba los fines de semana, la Estancia Ramfis, donde vivía el dictador Rafael Trujillo actual sede del Ministerio de Relaciones Exteriores y los almendros que la circundaban. La alta pared levantada en los terrenos que hoy ocupa el Hospital Infantil Robert Reid Cabral, detrás de la cual estaban numerosos animales propiedad del dictador. El olor de la brisa que llegaba del mar. Y su gozo infantil por las cosas que iba descubriendo y que, tantas décadas después, le permiten decir que fue feliz.

Una nueva orden, en los últimos años de la década de los cuarenta, cambiará la capital por Elías Piña, en la inhóspita frontera, dejada desde siempre a su suerte, que no ha sido buena. Un camión facilitado por el Ejército al militar trasladado recogerá los enseres de los Ramírez-Ferreira que, gracias a la generosidad de un familiar, podrá habitar una casa más o menos decente cercana a la fortaleza del pueblo, que fungía de puerta de entrada y salida entre la República Dominicana y Haití. A poco más de diez años de la “matanza del 37”, que costó la vida a miles de haitianos y rayanos, la crispación social lucía más o menos olvidada. Si la había, la niña Edith no se percataba de ella porque la inocencia no repara en las diferencias adultas que dañan la convivencia. Tan natural era su relación con el mundo de la frontera que ni siquiera recuerda si entre sus amiguitos y amiguitas los hubo haitianos. El color de la piel no era particularidad digna de ser inscrita en la memoria ni mucho menos obstáculo que impidiera la fluidez de sus relaciones con las personas. El prejuicio se aprende.

“Lo primero que mi madre ubicaba en el pueblo al que llegábamos era la escuela”, afirma con agradecimiento porque este afán materno por la instrucción de la prole fue convirtiéndose en una necesidad para Edith que aún perdura. Elías Piñas no fue la excepción, y tan pronto desempacaron sus escasos enseres la madre salió a averiguar dónde podían ir sus hijos a instruirse.

Después vendría San Juan de la Maguana como nuevo destino. Allí, la estancia se prolongó un poco más que en los pueblos anteriores. Edith ya era “una niña grande” y establecerá con el pueblo una relación que aún perdura. El quinto y sexto grados los cursará en la Escuela Mercedes Consuelo Matos, llamada así en honor a esta prestigiada educadora sanjuanera fallecida en 1923. Ya adulta, e iniciada en la docencia universitaria, Edith volverá a ese pueblo que confiesa amar para establecer la carrera de Enfermería.

Su evocación de ese pasado itinerante se explaya en la época de su residencia en el llamado Granero del Sur. “Siempre fui muy estudiosa, me gustaba mucho leer. De mi escuela en San Juan de la Maguana recuerdo con mucho amor a mi profesora Blasina Herrera. Creo que no olvido este pueblo porque en él me sentía libre: practicaba deportes, montaba mucha bicicleta... Hay un lugar al que le dicen El Córban, que queda cerca, y el Día de San Juan, que se celebra el 24 de junio, los jóvenes íbamos allí para celebrar la fiesta bañándonos en el río. En el camino íbamos cogiendo fruta de los árboles, de las que aún puedo sentir el sabor y la textura. Conservo estos momentos de mi primera juventud con mucha alegría”.

El Córban de sus recuerdos juveniles ha dado un giro de 180 grados. La masiva migración rural a las zonas urbanas cambió su fisonomía y su composición social. Con una densidad de población muy superior a los tiempos sanjuaneros de Edith, el nombre del lugar se ha pluralizado. Ahora son Córban Norte y Córban Sur o, como es más frecuente que los nombres, Los Córbanos.

De vuelta a la capital cuando contaba alrededor de quince años, el anhelo de la madre de inscribirla en el Colegio Serafín de Asís, en la calle Las Mercedes, se diluyó en la insolvencia económica, como acostumbran a disolverse los sueños de los pobres en sociedades de tanta desigualdad. “En esa época, un guardia ganaba muy poco”, así que el inexorable destino escolar de Edith fue la escuela pública Julia Molina, llamada así en honor a la madre del dictador y situada a unos pocos metros del parque homónimo, que luego de la caída de la dictadura recuperaría su nombre original de Enriquillo, con el que fue inaugurado en 1930 y que aún conserva. En esos años, Villa Francisca, donde fue a vivir la familia Ramírez-Ferreira, formaba parte del mundo prostibulario que con tanta viveza describe el fallecido Marcio Veloz Maggiolo en su novela Uña y carne.

En la voz de Edith Ramírez hay un dejo de nostalgia de esa época de su vida. Se ve y describe a sí misma vestida con un uniforme escolar de blusa blanca, falda negra plisada y corbata, una formalidad que ninguna alumna podía quebrantar. “En esos años, cuando faltabas a la escuela, enviaban a

un policía a tu casa para averiguar por qué no habías asistido. Los maestros eran excelentes. Eran maestros de verdad, que prodigaban mucho cariño, mucha enseñanza. No sé si era por la dictadura o porque simplemente eran así, no es algo que yo ahora pueda evaluar”.

No es que añore el férreo control social y político ejercido por la dictadura. La imagen de aquellas aulas y aquellos maestros y maestras está desprovista en su recuerdo de la contaminación represiva de los métodos disciplinarios al uso. Lo que pervive en ella es la experiencia de asomarse a un mundo de reglas del que carecía su entorno barrial. La herencia que recibió en aquellas aulas fue la del compromiso del magisterio con una educación formal que sembrara en la niña y el niño la idea de que podía cambiar el itinerario de su vida.

Los viernes, como todas sus condiscípulas, debía extender las manos para que la profesora aprobara o desaprobara el aseo de las uñas, lo mismo que el de las orejas. Someterse a la minuciosa revisión del uniforme, incluidos los zapatos. No cumplir con las normas de higiene exponía a la humillación pública. En el Liceo Estados Unidos de América, donde cursó los grados séptimo y octavo de la educación intermedia, reinaba una estricta disciplina decretada por la dirección y que las profesoras se encargan de hacer respetar sin excusa.

Pese a sus circunstancias, la adolescente en que se había convertido dio rienda suelta a sus sueños. Poco a poco fue descubriendo que amaba la música y no cualquiera, sino que la brotaba de las cuerdas del violín. Y decidió estudiarlo a como diera lugar. “Pero tú eres pobre, yo no te puedo comprar un violín”, le decía la madre, y ella respondía: “Mamá, los violines los prestan en la Escuela Elemental de Música, que es donde quiero estudiar”.

Ubicada entonces en el Palacio de Borgellá, una edificación emblemática de la zona colonial capitalina erigida en el siglo XVI, presumiblemente durante la gobernación de Nicolás de Ovando, la Escuela Elemental de Música fue creada por iniciativa del maestro Juan Francisco García como paso previo a la entrada al Conservatorio Nacional de Música. A las aulas

de la escuela, llena de sonoridades, se dirigía todas las tardes Edith, con su violín prestado que la hacía sentir en las nubes. Un trayecto que recorría a pie, desde su casa, en pleno corazón de Villa Francisca, hasta el imponente y centenario edificio.

Vale preguntarse las razones por las cuales una adolescente de una clase social humilde, sin contacto hasta entonces con la llamada “alta cultura”, podía interesarse en aprender a tocar el violín. Edith no tiene una respuesta precisa que explique esta afición. Nada era más ajeno a su mundo de privaciones materiales y, por ende, culturales. A lo sumo, se atreve a afirmar que “había algo genético”. Se lo hace pensar el episodio por el cual descubrió su parentesco con músicos. Un día, visitando la casa de su padrino, provista de modernidades de las que carecía la suya, vio la carátula de un disco grabado por el Trío Ensueño, y sus ojos se detuvieron en el rostro de uno de los integrantes que aparecía con una guitarra en las manos. Su padrino le dijo: “Ese es primo tuyo”. Las razones de la consanguinidad con el músico pertenecen a una parte de su biografía en la que un día escarbó llevándose sorpresas, pero que, con el correr de los años, decidió dejar en el limbo en el que se dejan las cosas que ya no tiene sentido remover porque han terminado perdiendo su original sentido y porque, además, están los pruritos familiares, el secretismo en que se sumergen algunos episodios de la vida para que no estorben. Por respeto a esa necesidad de dejar los hechos molestos en una zona de sombra, conducta que no comparte, guardó documentos y fotografías y se selló los labios. Le queda, sin embargo, la certeza de que ese incomprendible —y a veces incomprendido— amor por la música, como el de su hermano Condesito por la pintura, estaba inscrito en su ADN. Ella solo lo dejó fluir.

“Salvo que fuera hereditaria, como lo creo —insiste—, mi vocación musical no encuentra explicación. Yo vivía en un barrio. ¿Qué se veía en un barrio durante la dictadura de Trujillo? Nada. Incluso, en la avenida Duarte, que antes se llamaba José Trujillo Valdez, y en la Jacinto de la Concha, lo que había eran burdeles donde vivían las mujeres y muchos establecimientos que la gente llamaba ‘cabareces’. Pero no me puedo quejar. Cuando yo pasaba por ahí camino a la escuela, siempre recibí respeto. Las mismas mujeres

decían: ‘Esa niña estudia, cuidado con mirarla’. ¿Dónde iba yo a escuchar una sinfonía antes de entrar en la escuela de música? Después sí, claro. Mis profesores Ernesto Leroux y Min Pichardo nos llevaban a escuchar los conciertos que ofrecía la Sinfónica”.

No completaría los estudios, la vida la llevó por otros caminos. Empero, el lenguaje del pentagrama continúa siéndole familiar, le guarda pocos secretos. Puede incluso escribir música, “porque eso se queda grabado en el cerebro”. Condesito, el hermano que es referencia permanente en la conversación de Edith, era también capaz de tararear famosas sinfonías, prueba, para ella, de la herencia genética de su vocación. Y también le quedan recuerdos, como aquel de ver su foto, violín en ristre, exhibida en uno de los pabellones de la llamada Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre, la megalómana exposición con la que el dictador celebró en 1955 los veinticinco años de su poder despótico.

El abandono de una vocación que acarició con tanto empeño transitó los caminos que, entonces como ahora, recorren las mujeres en las sociedades patriarcales. Casada con un oficial de la Marina de Guerra, hoy Armada, se topó de golpe con su oposición: no le gustaba “esa música tan lastimera”, y la exhortó a estudiar bandoneón o piano, si es que acaso quería continuar en el mundo de los arpegios. Muchos años después, cuando era parte del cuerpo profesoral de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, un profesor de música le propuso retomar el olvidado instrumento. Se negó alegando estar ya “muy vieja” y aquejada de “deficiencia auditiva y de artrosis”. Sus dedos y su oído no responderían como exige el prodigioso instrumento. Por lo demás, sus intereses habían cambiado y de su antigua pasión solo le queda el deleite de escuchar a otros instrumentistas. La investigación en Ciencias de la Salud, específicamente en el ramo de la Enfermería, llenó los huecos que le dejó el violín.

Mientras en las tardes de sus años adolescente iba a sus clases de violín, en la mañana cursaba el bachillerato en el Instituto de Señoritas Salomé Ureña. “Es la mejor escuela que ha habido en el país. La dirigía la profesora Urania Montás. Digo que por eso fui buena bachiller. Tuve unos profesores

extraordinarios. Nunca olvido a doña Carmita Henríquez García dándome Literatura, al profesor Adriano Hernández dándome Deportes. Esas maestras, esos maestros... a Mercedes Caratini, dándome Matemáticas. Todas ellas con un amor que te obligaba a aprender. En la Salomé Ureña conocí a muchas hijas de personalidades de entonces. Las monjas del Colegio Santo Domingo, que era de ricachonas, iban a la escuela a impartir latín”.

En ese ambiente de alta exigencia académica, fue adquiriendo el gusto por las bellas artes. Llegó a pensar que podía ser pintora, quizá influida por su hermano José Ramírez Conde (segundo apellido adoptado para su identidad artística y del que derivaría el apelativo Condesito, con el que fue conocido), que ya comenzaba a hacer pinitos en la pintura, llegando a convertirse años después en uno de los artistas plásticos más relevantes del siglo XX dominicano. “En un libro de historia de la civilización vi reproducido un cuadro que me impresionó: Las meninas, de Diego Velásquez. Me dije en ese instante que sería feliz si alguna vez podía ver esta obra. Mi sueño se cumplió hace alrededor de diez años, cuando fui a Madrid y visité el Museo del Prado. Lloré frente a ese cuadro porque reviví el momento en que vi una foto de él siendo muy joven. Mi sueño se había cumplido”. También durante ese viaje el viejo sueño de ser violista tocó algunas de sus fibras y pensó que podía comprar una copia del famoso violín Stradivarius, pero la billetera no tenía para tanto.

Recapitulando sobre su infancia y adolescencia, Edith reafirma la placidez de aquellos años. Las estrecheces de su condición social nunca definieron el límite de su mundo. Como tampoco fue obstáculo a su rebeldía la cultura cuartelaria del padre, represiva por definición; rebeldía que expresaba a través de una y mil formas. Quizá contribuyó la imposibilidad de Urbano Ramírez, casi siempre acuartelado, de hacerse cargo de la educación cotidiana de sus hijas e hijos, en manos de Severina Ferreira, más comprensiva de los comportamientos, a veces atípicos, de la prole, y cuya natural inteligencia sustituía con creces su escasa escolaridad. Aunque hacía que Edith mantuviera los pies sobre la tierra, nunca le cortó las alas.

“Fui deportista —asegura como aval de la independencia que construyó temprano— y a principio de los años cincuenta fui candidata a participar en unas olimpiadas en México como corredora. Había recibido entrenamiento de Felipe Rojas Alou, quien se convertiría en un gran pelotero. Gané una carrera de ochenta metros, pero sufrí una luxación en una rodilla que me imposibilitó viajar. Rojas Alou también me enseñó a tirar la jabalina”.

A la práctica del deporte asociaría de manera natural su afición por el béisbol, alistándose como fanática del Lacey. Como muchos otros de sus contemporáneos, Edith llegó al clímax de la alegría cuando, el 23 de septiembre de 1951, un jonrón con las bases llenas de Alonzo Perry decidió a favor del Lacey el campeonato que disputaba con los Leones del Escogido. Celebrado en el Estadio de la Normal, construido en 1946, y en el que ella practicaba deportes, el campeonato subió la fiebre de la fanaticada a grados infrecuentes. “Recuerdo ese jonrón como si se estuviera produciendo ahora. Alonzo Perry era nuestro ídolo, y los cronistas deportivos lo llamaban ‘su Majestad’, aunque también admirábamos mucho a Guayubín Olivo y a Manolete Cáceres. Fue un momento de mucha emoción. Yo llevaba todos los récords de los peloteros del Lacey y podía discutir de pelota con cualquiera”.

Si lo piensa bien, aquella dispersión en tan numerosos intereses reflejaba, más que insubordinación frente a sus particulares circunstancias de mujer joven y pobre, la búsqueda de las certezas que necesitaba para elegir un destino. “No tenía muy claro lo que buscaba y, quizá por eso, me metía en todo. Mi mamá se quejaba diciéndome: ‘pero ¡qué tantas cosas haces!’. Yo no tenía explicación de por qué actuaba de esa manera”. Los años no atenuarán sus ímpetus, aunque terminó encontrando en la enfermería el espacio de su realización personal y social y, de alguna manera, el sosiego. Es pura coincidencia, pero vale destacarla porque para Edith tiene un gran peso

simbólico: el 12 de mayo, fecha en que celebra su cumpleaños, es también la del natalicio de Florence Nightingale, la joven británica que, a mediados del siglo XIX, empujándose sobre los prejuicios sociales y la oposición de su padre y su madre, quienes consideraban la enfermería indigna de una joven de su linaje, impulsó su modernización y dignificó su ejercicio y a sus practicantes.

Mientras llegaba el momento de definiciones, la inquieta adolescente continuó derribando tabúes sociales con la misma presteza con la que lanzaba la jabalina en el patio de aquel territorio masculino, y, por eso mismo, epítome de la masculinidad, que fue en los años cincuenta la Escuela Normal Presidente Trujillo, contigua al primer estadio de béisbol inaugurado en 1946 y donde su ídolo Alonzo Perry disparó aquel histórico cuadrangular.

Capítulo III:

*El compromiso social
como norte*



III. El compromiso social como norte

Edith Ramírez Ferreira escapó al cerco de muchas pautas sociales que excluían a la mujer de la vida pública, menos a la que exigía casarse muy joven. Con apenas 22 años, unió su vida a la de Rafael Ariosto Lizardo Abreu, un oficial de la Armada que, prevalecido en la cultura patriarcal, la indujo a desistir de continuar sus estudios de violín aduciendo como razón suprema que la música producida por el instrumento no era de su particular agrado. Guardó el arco, pero no el placer estético que le produce la música de los clásicos, con Chaikovski y Beethoven como favoritos. Su violinista preferido, Yehudi Menuhin, norteamericano de origen ruso fallecido en 1999, quien es para ella “el mejor violinista del mundo”. En el país, disfruta el talento de Aisha Syed, cuyas interpretaciones escucha una y otra vez como si la joven artista estuviera en el escenario y ella en el público, gracias a la magia de la internet.

Tan joven como ella, y cuando todavía eran novios, Lizardo se convertirá en sospechoso de participar en un complot urdido por militares desafectos al régimen contra la vida del dictador. Iría a dar con sus huesos a la tenebrosa cárcel La 40, donde incontables opositores perdieron la vida bajo inenarrables torturas. Recobrada la libertad decidirían en 1958 que habían esperado suficiente, y se casaron. En una foto que ya amarillea se los ve de pie, uno frente al otro, mirándose embobados. Él es alto y apuesto y viste de civil; ella es menuda y no porta el traje largo de casi toda novia, sino uno corto y de falda amplia, sin mangas. En la cabeza, un discreto arreglo floral. Era una joven hermosa.

Paradójicamente, el mismo esposo que desestimularía sus estudios de violín, quiso que ella asistiera al gimnasio propiedad de Camilo Leslie, el primero en la capital inaugurado en 1946, para que conservara el espléndido cuerpo del que era poseedora. Quizá por orgullo masculino, se sintió complacido cuando ella participó en una suerte de competencia celebrada en el Canal 7 de televisión y resultó elegida en la categoría de mujer casada “mejor conservada”. Mas el divorcio será el colofón del matrimonio unos siete años después de haber iniciado.

“He pasado por muchas. Rafael era muy amigo de Condesito, mi hermano, que ya militaba en el Movimiento Popular Dominicano, y hablaban mucho de política. Por eso digo que mi parte política es un marco al que no he querido nunca renunciar. Estoy metida en él desde muy joven. Después que nos divorciamos, él se fue a vivir a Puerto Rico, donde creo que murió”.

La ruptura de la pareja sobrevendrá en víspera del estallido social más relevante en la historia dominicana del siglo XX: la revolución que el 24 de abril de 1965 comenzará como reivindicación de la vuelta a la constitucionalidad interrumpida por el golpe de Estado al profesor Juan Bosch en septiembre de 1963, y terminará como guerra patria en contra de las tropas de ocupación de los Estados Unidos, la segunda en ese siglo.

Pese a sus inquietudes sociales y políticas, estaba lejos del imaginario de Edith su involucramiento en un conflicto armado. Lo suyo en aquella época, dice, eran las artes: la música que escuchaba con deleite, aunque no la ejecutara; la pintura a cuyo aprecio la condujo la genialidad de su hermano Condesito; la poesía que aprendió a disfrutar leyendo a Pablo Neruda. Pero la Revolución de Abril cambió drásticamente la vida de muchas personas, entre ellas la suya. La joven telefonista que el sábado del estallido tomaba un baño en la piscina del Hotel Hispaniola en compañía de un grupo de amigas y amigos, mutaría algunas horas después en una activa colaboradora de los insurrectos. Sin saberlo todavía, daba su primer paso hacia la enfermería.

“Por la mente nunca me pasó ser enfermera. Cuando fui a inscribirme en la Escuela de Enfermería, la persona que me recibió me hizo notar que el día de mi nacimiento, el 12 de mayo, coincide con el de Florence Nightingale, en cuyo honor en esa fecha se celebra cada año el Día de la Enfermera. Me entusiasmó el dato y me puse a estudiar la vida de Florence y, para mi sorpresa, a ambas nos pasaron las mismas cosas: una revolución determinó que fuéramos enfermeras”.

El domingo 25 de abril, a instancias de una amiga, vestiría por primera vez una bata blanca similar a las que portaban las enfermeras. Una estrategia para acopiar recursos de todo tipo con los cuales hacer frente a lo que se venía venir. En muchos puntos de la ciudad, focos de insurrectos habían sostenido enfrentamientos con miembros de la Policía, y era previsible que estos se extendieran con riesgosas consecuencias. Una clínica llamada Santa Lucía, ubicada en la calle Barahona, entre las calles Enriquillo y Jacinto de la Concha, del barrio Villa Consuelo, fue el primer objetivo de Edith y Gladys Bergés, su amiga acompañante. La actitud del director y el personal médico y paramédico fue de colaboración absoluta. Ya divorciada, y decidida a quedarse en la zona comprometida con el retorno a la constitucionalidad, enviará a su hijo de seis años a la casa de su abuela materna en Santiago, porque su madre, que vivía en la capital, no estaba en condiciones de ocuparse del nietecito.

Los recuerdos de aquella época se entremezclan en su memoria, creando algunas zonas confusas. Pero la mayoría de las remembranzas tienen el sello de la experiencia vivida, y todavía vívida, junto a un grupo de hombres y mujeres vinculados en diversos grados al Movimiento Popular Dominicano, una organización marxista-leninista fundada en 1956 en Cuba por los exiliados antitrujillistas Máximo López Molina y Andrés Ramos Peguero. En 1960, cuando el dictador, presionado por las sanciones impuestas por la Organización de Estados Americanos, simuló una apertura democrática, el MPD se instaló en el país abriendo local en la hoy avenida Duarte. El simulacro dictatorial duró poco, y quienes se arriesgaron a descubrir su militancia opositora al régimen sufrieron las consecuencias. Alrededor de ochenta de sus militantes fueron apresados, torturados y asesinados después

que turbas armadas asolaron el local de la organización que había aceptado el riesgo de hacer pública su desafección enarbolando la consigna “lucha interna o Trujillo siempre”.

Cuando estalla la Guerra de Abril, Condesito, el hermano entrañable, era dirigente del MPD. Tras su huella, Edith irá a parar al comando central que este partido estableció en el Escuela República Argentina bajo el liderato de Juan Robles. El 28 de abril, “cuando los gringos desembarcan”, un médico de la Clínica Santo Domingo, frente al espectáculo de las luces de bengala disparadas desde un portaviones frente a las costas capitalinas, le advertirá del giro en la insurrección antigolpista: ya no sería más la lucha entre dominicanos y dominicanas democráticos y sus connacionales antidemocráticos, sino entre un pueblo en armas y las tropas de ocupación y sus subordinados militares y civiles criollos.

En ese local escolar convertido en foco de resistencia contra el avance de las tropas invasoras norteamericanas hacia la zona constitucionalista, Edith ejercerá de cuidadora de enfermos y heridos, pero también de responsable de los quehaceres domésticos, una tarea que fue común a la inmensa cantidad de las mujeres que compartieron destino junto a los hombres armados durante los cuatro meses que duró el conflicto. Allí se reencontró con Maximiliano Gómez y conoció a Ramón (Monchín) Pinedo, a Otto Morales, a Jorge Puello Soriano (El Men) y muchos otros dirigentes emepedeístas. Condesito, que se encontraba en China Popular al momento del estallido, se incorporará poco después.

“Como era hermana de Condesito —recuerda—, los dirigentes me tenían confianza y me encargaban algunos trabajos políticos. El Moreno (Maximiliano Gómez), Tico López Molina, todos esos compañeros que estaban ahí, me enseñaron a tirar, aunque yo sabía un poco, a ranear”. También compartiría con mujeres que, como ella, respondieron al llamado de la insurrección, entre las cuales estaba Cosette Erickson y otras de las que solo retiene los nombres: Cueli, Nuris, Hilda, Rosa. En el 2015, cuando la UASD rindió homenaje a un grupo de mujeres constitucionalistas con ocasión del primer cincuentenario de la guerra de abril, entre las que se encontró ella, Edith afirmó que la importancia de la participación de la

mujer en la gesta no ha sido valorada lo suficiente. Casi la totalidad de los textos escritos sobre el acontecimiento ignoran de manera palmaria la participación femenina. En el libro *Los comandos*, en el que Bonaparte Gautreaux Piñeyro detalla el número, las funciones y los nombres de los integrantes de estas unidades militares, no figura una sola mujer.

El 15 y 16 de junio de 1965 se producirán los ataques más feroces de las tropas invasoras contra la zona constitucionalista. Días antes, el gobierno presidido por el coronel Francisco Alberto Caamaño había rechazado la pretensión de las tropas de ocupación de extender la llamada “zona de seguridad” de la Fuerza Interamericana de Paz (FIP), formada por la Organización de Estados Americanos (OEA) con miembros del Ejército de varios países para legitimar la intervención unilateral decretada por Lyndon B. Johnson. Bajo la comandancia del general Bruce Palmer Jr., los Estados Unidos iniciaron el 15 de junio un ataque con artillería pesada por varios flancos de la parte sur de la zona constitucionalista. Pese a su aplastante superioridad numérica y mejor armamento, los norteamericanos no lograron su objetivo de tomar Ciudad Nueva, sede del gobierno del coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó: a su paso encontraron la feroz resistencia de los combatientes agrupados en los comandos POASI, que reunía a los trabajadores de los puertos, San Antón, Santa Bárbara, B-3, San Carlos, 30 de Marzo, San Miguel y Escuela Argentina.

Los primeros disparos del 15 de junio sorprendieron a Edith en la cocina “pelando unos plátanos” junto a una compañera. Con la intención de protegerlas, Maximiliano Gómez les ordena irse a la casa de Ramón Emilio Mejía, el antológico comandante Pichirilo, cuya pasión libertaria lo había llevado a participar en 1949 en la frustrada invasión de Cayo Confites para derrocar a la dictadura trujillista; a ser timonel de la embarcación *Granma*, de la que Fidel Castro, el Che Guevara y un grupo de revolucionarios desembarcaron para iniciar la guerra de guerrillas contra la dictadura de Fulgencio Batista, y a integrarse a la revolución constitucionalista. Obedecería a regañadientes, pero solo para estar de vuelta al día siguiente a un barrio poblado por la muerte. El ataque norteamericano había dejado noventa y nueve víctimas mortales, entre ellos Ilio Capozzi, un militar

italo-alemán entrenador de “los hombres rana” que dirigía Ramón Manuel Montes Arache. Los heridos superaban con creces el número de muertos.

En algún momento de aquella contienda histórica, a Edith le pusieron un fusil en las manos. Pese al entrenamiento recibido en el comando, no invirtió mucho tiempo en rechazarlo: quizá fue ese el instante en que entendió que había nacido para cuidar la vida, no para destruirla, aun cuando esa destrucción estuviera justificada en la defensa de la patria y su soberanía. “Estoy convencida de que nací para ser enfermera, porque me gusta ayudar a quien lo necesita, y me dije que esa necesidad mía de tender la mano encontraba su canal en la enfermería”.

Terminada la guerra, no dejará de interesarse en el movimiento social, y nuevamente, bajo la fraternal influencia de Condesito, pasará a enrolarse en la Federación de Mujeres Dominicanas, una poderosa organización femenina surgida a raíz del ajusticiamiento del dictador Trujillo, que los grupos de izquierda terminarían fagocitando en la vorágine de las luchas interpartidistas que se desataron poco después de la contienda.

Del comando pasará a dar contenido académico a la vocación recién descubierta, ingresando a la Escuela Nacional de Enfermería. En 1969, se matriculará en la UASD para cursar la licenciatura, persuadida de que la formación académica era la vía más segura para alcanzar las metas que se había propuesto.

El hermano, quien, sin pretenderlo, la puso en el camino de su destino, morirá de repente y de manera que ella aún se niega a aceptar en la versión que ofrecieron los médicos. “Yo era muy unida a Condesito, al punto de que sus compañeros me llamaban Condesita. Siempre estaba a su lado para lo que hiciera falta. Nunca he creído la explicación de que murió ahogado cuando cayó en una piscina después de sufrir un infarto. Para mí, a Condesito lo mandaron a matar. Nadie me saca esa idea de la cabeza. Quise hacerle una autopsia, pero nuestra madre se negó alegando que ese procedimiento no le devolvería a su hijo y que, por el contrario, podía ponerme a mí en problemas. Todo se quedó así, pero me moriré creyendo que lo asesinaron”.

La muerte del hermano se producirá apenas un año después de la desaparición en 1986 del hijo procreado durante su matrimonio con el oficial Rafael Lizardo; desaparición que la había dejado emocionalmente deshecha. Con la misma obstinación con la que cuestiona las circunstancias del fallecimiento de Condesito, sigue aferrada a la idea de que su hijo Dhimas Ariosto puede estar vivo en alguna parte, pero solo mencionar su nombre le quiebra la voz y le humedece los ojos.

Las relaciones con sus otros dos hermanos, también fallecidos, y su con hermana Arnalda fueron siempre buenas, gracias a una regla para ella inviolable: no intervenir en la vida privada de los demás. Ella, dice, tenía su vida y la vivía, por lo que respetó siempre la manera de asumirse de los otros. No era apatía, sino independencia. Una independencia que permitió a su madre pronosticarle el fracaso de sus matrimonios: su ingobernabilidad los haría irse a pique.

Durante cuarenta años laboró en la Maternidad San Lorenzo de Los Mina, una de cuyas salas lleva su nombre. De esta institución llegó a ser subdirectora docente, porque la práctica de su oficio se ha visto siempre enriquecida por el estudio y la investigación. Fue una época en la que, impulsada por su compromiso con la atención al paciente, amanecía ayudando a los médicos durante los partos, lo que la hizo caer en la cuenta del creciente número de adolescentes embarazadas que buscaban atención en el hospital. Durante seis meses hurgó en los archivos hospitalarios para corroborar su apreciación del fenómeno: niñas de hasta diez años convertidas en madres, muchachitas de trece y catorce años que debían ocuparse en lo delante de una criatura. Fue cuando propuso e impulsó el Programa de Atención Integral a las y los Adolescentes para conjurar la frecuencia y el crecimiento del número de niñas que quedan embarazadas.

Aunque concitó una cierta atención del personal médico, no todo fue miel sobre hojuelas. Su propuesta de impartir educación sexual y educación sanitaria encontró en las autoridades el valladar del miedo al poder de la Iglesia católica y de otros sectores sociales conservadores. No se podía hablar de sexo, le dijeron, y ella ripostó que su propósito era la orientación

para evitar que al hospital continuarán llegando niñas embarazadas sin que nadie les hiciera caso. Puesto que no le permitieron la prevención, cambió el rumbo y se dirigió hacia la atención a las adolescentes ya embarazadas. El eco encontrado por esta iniciativa más “neutral” se prolonga hasta hoy.

Pero tampoco fue fácil, como no lo es casi nada relacionado con la sexualidad femenina. Aunque admitida la iniciativa por el hospital, Edith tuvo que vencer muchos obstáculos, entre ellos el prejuicio de algunos médicos frente a esas jovencitas que, además de estar embarazadas a edades tan cortas, se presentaban a la consulta vestidas con ropa que algunos consideraban “inadecuada”, razón suficiente para negarles la atención que demandaban. “Tenía que decirles: ‘si ustedes no las atienden, ellas no volverán y pueden morirse, déjenlas venir desnudas y atiéndanlas.’ Así fui venciendo esas resistencias, y también porque utilicé el respeto que me tenían los médicos, quienes estaban conscientes de mi trabajo y de mi deseo de hacer cosas”.

Así como ama la música, Edith ama la lectura. Sus gustos literarios se definieron en la escuela. Por exigencias del aula leyó libros clásicos de autores dominicanos, como Enriquillo, de Manuel de Jesús Galván, y Cosas añejas, de César Nicolás Penson. El gusto por la poesía le llegará cursando el bachillerato en el Instituto de Señoritas Salomé Ureña, a través de su profesora de Literatura Carmita Henríquez García, última hija de Federico Henríquez y Carvajal, fallecida en 1970. En sus preferencias poéticas sobresalen el dominicano Pedro Mir y el chileno Pablo Neruda, aunque también la regocijan las décimas del poeta popular Juan Antonio Alix, que plasman con ingenio el carácter del dominicano y la dominicana del siglo XIX.

No es que haya dejado de interesarle la literatura, pero ahora, impulsada por sus inquietudes de investigadora académica, sus lecturas pertenecen al campo de la neurociencia, un interés que despertaron las charlas ofrecidas en la Facultad de Ciencias de la Salud de la UASD por el neurocirujano José Joaquín Puello, a quien conoce desde hace décadas, y más tarde apuntalado por las exposiciones del neurocientífico cognitivo francés Stanislas Dehaene.

Desde entonces, los anaqueles de su biblioteca se llenan de libros, “pedidos por Amazon”, que responden sus preguntas “sobre el cerebro, ese órgano misterioso que está en nuestra cabeza; nos hablan mucho del corazón, de los pulmones, de otros órganos, pero muy poco del cerebro y su evolución. Lo poco que sabía eran repeticiones de lo que me enseñaron en la escuela, pero ahora quiero entender desde una visión neurocientífica”.

Entusiasmada, cita su última adquisición: el libro titulado *El poder de las hormonas. Historias asombrosas de las sustancias que lo controlan prácticamente todo*, de la médica y escritora Randi Hutter Epstein. Durante su ejercicio de la enfermería, cumpliendo indicaciones médicas, suministró incontables veces oxitocina a las parturientas para aumentar la frecuencia de las contracciones, sin considerarlo más allá de un medicamento con esos efectos. Solo desde el despertar de su interés por la neurociencia ha podido comprender en todo su alcance cómo actúan esta y otras hormonas. Habla con pasión de sus nuevos descubrimientos intelectuales y de cuánto la maravillan. Una pasión solo comparable con la que pone al hablar de Migeidy, la hija que tuvo en su segundo y poco duradero matrimonio, cuando ya pasaba de los cuarenta años. Para que su hija crezca como ser humano y profesional, no ha escatimado esfuerzos, cumplidos en solitario porque, de alguna manera, ese es el destino de toda madre soltera.

Entre los muchos y variados intereses de Edith nunca ha estado la posesión de bienes; su idea de la felicidad y la realización personal está en otra parte y no se viste de oropeles. “Nunca he necesitado mucho para vivir. Por ejemplo, me preguntan si tengo casa y respondo ‘no, ni falta que me ha hecho’. Tengo mis cosas que me hacen feliz: estar en mi universidad haciendo tareas, ayudar a la gente... Conseguir cosas, como el laboratorio de simulación cuyo proyecto le presenté a la rectora Emma Polanco y esta, a su vez, al presidente Luis Abinader y para cuya instalación él dispuso los recursos. Lo intenté durante mucho tiempo, llegué a pedirle a Roberto Santana, que fue rector de la UASD, que hablara con los chinos para ver si asumían el proyecto, pero no me dio esperanzas. Así que cuando tuve la oportunidad de planteárselo a la rectora, no lo pensé dos veces, y ahí están los resultados”. Aunque en el lenguaje bromista de sus compañeras universitarias, Edith fue

rescatada de la incertidumbre que gravitaba sobre el proyecto del laboratorio de simulación por la decisión del mandatario, ella no cree haber despertado en un cuento de hadas porque siempre ha tenido los ojos bien abiertos para saber por cuál camino quiere transitar.

Quizá porque no ha ambicionado nada que no fuera necesario, se desprende de las cosas sin nostalgia. Los libros, que aprecia tanto, desaparecen de los anaqueles hogareños sin que ella se pregunte a qué manos habrán ido a parar. En realidad, no le importa porque lo fundamental es que alguien también sepa lo que los libros le enseñan y porque está convencida de que “los libros necesitan que los lean, no pueden quedarse mudos, encerrados en una biblioteca”.

El origen de este rechazo a la privatización del conocimiento parte de su propia experiencia. Es probable, así lo piensa, que de haber nacido en una época más cercana a la actual hubiera sido una investigadora experimental y producido estudios importantes, pero le tocó crecer y formarse en un momento en el cual “quien sabía un poco no le traspasaba su conocimiento a nadie”. Carencias del entorno que, sin embargo, no le han dictado nunca pautas a su necesidad de conocer y actuar a través de proyectos para que formen a otros, aunque no crearan las condiciones propicias al total despliegue de sus capacidades.

“Dicen que el alzhéimer se hereda, pero no está demostrado. Insisto en que necesitamos más investigación si bien, al parecer, pocos están interesados en dedicarse a esta tarea, que exige mucho esfuerzo. Le digo a mis alumnos y alumnas de Metodología, rama en la que hice una maestría, que investigar es fácil. Vivo la investigación, que es lo principal. Se puede dominar mucha teoría de algo y no llevarlo a la práctica. Yo no, yo escudriño y actúo, y continuaré haciéndolo durante todo el tiempo que me quede por vivir”.

Maestra en la Escuela de Enfermería de la UASD desde hace 43 años, ha llevado la docencia a todos los centros y subcentros de la academia donde se imparte la carrera. En las aulas uasdianas de San Juan de la Maguana, Barahona, Higüey y Valverde, Edith ha formado a centenares de estudiantes, mayoritariamente mujeres, que han elegido la Enfermería como profesión.

Son varias las generaciones de estas profesionales que trabajan en distintos niveles del sistema de salud público y en clínicas privadas, con una visión que rescata la función ética de la enfermería.

En su calidad de docente, participó de manera regular en actividades académicas en el extranjero. En su álbum de fotos están las imágenes donde se la ve interviniendo en las sesiones de trabajo de numerosos congresos auspiciados por organizaciones vinculadas a las ciencias de la salud, aunque también en actividades recreativas celebradas como colofón de aquellas. En una recopilación hecha por su hija Migeidy para agasajarla cuando cumplió ochenta años, aparece junto a sus homólogas en Argentina, Ecuador, Colombia y Cuba, entre otros países visitados. En una de ellas luce una réplica del traje que utilizaba la folclorista Casandra Damirón, como seña de su identidad dominicana, de la que dice sentirse genuinamente orgullosa. No obstante su grado de compromiso, su vínculo con organizaciones internacionales y los méritos acumulados en su ejercicio profesional y docente, Edith no se sintió nunca atraída por la militancia sindical. Esto que pudiera parecer una paradoja, si se considera su cercanía política con la izquierda, encuentra explicación en su dedicación principal a la docencia, la ejecución de proyectos de investigación y la organización y funcionamiento del laboratorio de la Facultad de Ciencias de la Salud.

Definidas sus prioridades, ha sido también crítica con los modelos de enseñanza vigentes y, particularmente, con el perfil estudiantil que prevalece en las aulas. Empero, no se inscribe en las filas de la tribu de pesarosos para quienes todo pasado fue mejor que el presente. Simplemente se inquieta con cierto grado de dejadez que observa en el estudiantado: menos disciplina y una forma distinta de encarar la responsabilidad de la carrera que cursan. Aun así, no se permite convertirse en jueza de los jóvenes ni tener como parámetro su propia experiencia en las aulas porque, reconoce, “es otra época”, con su propia y particular dinámica para encarar la formación académica. La inquieta también el desequilibrio entre la formación que están obteniendo las enfermeras en las escuelas universitarias y la defectuosa valoración del oficio que hace el sistema de salud. Admite que se ha avanzado, pero el camino por recorrer hacia una más justa apreciación del trabajo de estas profesionales es todavía largo.

Capítulo IV:

*Arraigada vocación
patriótica*



IV. Arraigada vocación patriótica

Edith Ramírez Ferreira y Adonis Martín están atados por lazos de sangre, el afecto y una compartida visión del mundo y la sociedad. Él es, en palabras de ella, el depositario de su memoria política, aunque él insiste en que esto es cierto solo parcialmente. Es ineludible, sin embargo, que su relato comience por la integración de la joven prima al estallido popular de abril de 1965, un parteaguas en la vida de la generación revolucionaria de entonces.

Su recuerdo de la época coincide con el que ella conserva. Él la recrea participando en las movilizaciones populares y secundando, por decisión propia, las actividades políticas de su hermano Condesito, a la sazón secretario general del MPD. Cerca de la residencia de los hermanos vivía otra figura relevante del empedeísmo, Jorge Puello Soriano (El Men). Los nombres de otros dirigentes resurgen en la rememoración de Martín: Henry Segarra, Cayetano Rodríguez del Prado, Maximiliano Gómez... figuras emblemáticas de un momento histórico en el que la neutralidad era imposible.

“Edith tuvo la dicha de servir en el comando de la Escuela Argentina en dos frentes simultáneos. Uno fue el de la salud, asistiendo a los heridos en los combates que eran llevados a la Clínica Cruz Peña, que estaba al servicio del MPD, y uno de cuyos jefes, el doctor Bautista, estaba vinculado al partido y venía de la vieja guardia del Movimiento Revolucionario 14 de Junio. Tuvo la oportunidad de ayudar a los heridos, a los que morían,

en todo lo que pudo, al tiempo que adquiriría experiencia en enfermería”, rememora Martín.

Paralelamente, Edith estaba “en un frente importante: el de la cocina. Con mucha humildad trabajó en el servicio de cocina para ayudar a que comiera adecuadamente la gente del comando”. Tarea que siendo la propia de las mujeres durante la contienda, le permitirá acercarse aún más a “los grandes dirigentes” del MPD, particularmente a Maximiliano Gómez, con quien ya tenía afinidades porque el joven dirigente de izquierda visitaba asiduamente la casa de Severina, la madre de Edith, quien complacía sus gustos gastronómicos sin chistar.

“En ese mundo, esa joven llena de ilusiones encontró su norte, el horizonte que normaría su vida. Encontró su vocación, que no tenía definida: estudiar enfermería. Terminada la guerra —añade Martín—, hizo todo lo necesario para formarse técnicamente como enfermera e ingresa a la Escuela Nacional de Enfermería”.

Edith no solo emergió de la revolución abrileña sabiendo lo que quería ser. En la piel se le impregnó un metafórico “olor a pólvora que, a diferencia de lo ocurrido con otros muchos y muchas, aún no se le ha ido”. Si alguna prueba fuera necesaria, Martín aporta el gesto de Edith Ramírez Ferreira con el puño en alto y vivando en su corazón al coronel Francisco Alberto Caamaño en el acto de entrega de la **Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana**, en el que pronunció el discurso de agradecimiento a nombre de todas las galardonadas por el Gobierno y el Ministerio de la Mujer.

No le extrañó el gesto. Desde muy temprano en la vida de Edith, el riesgo político fue parte de su cotidianidad. El hermano referente, Condesito, la vinculó en las postrimerías del régimen trujillista a una organización clandestina de mujeres contrarias a la dictadura. En esa actividad encuentra Martín el germen de los compromisos que ella asumirá posteriormente. Empero, no fue nunca una “militante orgánica”, sino una “militante espiritual”, como lo fueron incontables dominicanas y dominicanos en las décadas de los años sesenta y setenta, que sin estar vinculados a partidos

políticos de izquierda tenían sentimientos de izquierda, y ofrecían su ostensible apoyo a las luchas por la democracia y en contra del gobierno autoritario de Joaquín Balaguer en el período conocido como “Los doce años”.

En opinión de Martín, la gran paradoja de la historia política reciente es precisamente esa: que la mayoría de estas personas que define como “militantes espirituales” haya demostrado en el tiempo una más firme coherencia que muchas de las que ocuparon posiciones dirigentes y que, con los años, fueron descarrilándose y adoptando posiciones contrarias a las que habían sustentado. “De manera que, en esta carrerita de la vida espiritual, política y cotidiana, los que estaban entonces en la retaguardia hoy están en la vanguardia, por lo menos en el plano de los principios y la coherencia”.

En el 1969, tras terminar el nivel técnico de Enfermería y manteniendo su “espíritu patriótico y antiimperialista”, Edith se inscribe en la UASD para cursar la carrera en la entonces llamada Facultad de Ciencias Médicas. Coincide su ingreso con el inicio del reclamo de los universitarios de un aumento de medio millón de pesos al presupuesto de la academia. Inscrita en los anales de las luchas estudiantiles como “la lucha por el medio millón”, fue encabezada por Hatuey Decamps, a la sazón secretario general de la Federación de Estudiantes Dominicanos. El asesinato por la Policía del estudiante empedeísta Flavio Suero fue el punto de inflexión de una demanda que ya llevaba meses en la calle. El 7 de marzo de ese año, una asamblea celebrada en el Alma Mater para condenar el crimen de Suero se convirtió en una multitudinaria marcha que recorrió las principales calles aledañas al recinto universitario hasta ser disuelta por las bombas policiales.

Edith no se quedará al margen. Consecuente con la que había sido su trayectoria hasta entonces, participa activamente en todas las movilizaciones organizadas por los universitarios, sin llegar a comprometer su independencia política. Martín nunca le ha preguntado las razones de esta decisión, por lo que solo conjetura que, al conocer “muy bien las intimidades de la izquierda marxista, y especialmente del MPD; al ver tantos resbalones,

tantas reversas, tantas traiciones, hizo un compromiso con ella misma de permanecer coherente sin ser ex de nada en el frente de la izquierda”. Decisión que Martín valora como más importante que haber sido dirigente orgánica porque “es un ejemplo de consistencia y de confianza con ella misma. Una manera de ser feliz por no haberse traicionado nunca”.

En 1979 Edith se presentará a concurso para optar al cargo de profesora en el área de su especialidad y resulta seleccionada. Solo que debería impartir docencia en el recinto uasdiano en Barahona. Comenzó entonces su etapa de “profesora heroica”. Heroísmo compartido con otras profesoras que, cada sábado, abordaban las guaguas de la UASD que las trasladaban en un viaje de cinco horas por inhóspitos trayectos hasta las aulas universitarias. Tras una jornada agotadora, regresaban a la capital y a sus casas finalizando el día. “Fueron años y años haciendo este trayecto —dice Martín—. Ella tenía esa voluntad de formar a las enfermeras empíricas del Sur profundo, a las que estaban de Azua para allá. Edith hizo un trabajo tan efectivo que hoy el laboratorio de enfermería del Centro Regional de la UASD en Barahona lleva su nombre. Eso vale más que todos los reconocimientos que te hagan: que un aula por donde pasarán miles de estudiantes durante generaciones, tenga tu nombre. Eso no se ve todos los días. Ella se lo ganó producto de su entrega total al mundo académico”.

Tras cuatro décadas de profesorado, Edith “se ha convertido en un ícono, en un modelo de profesora universitaria”. A diferencia de la mayoría, que solo espera cumplir el tiempo reglamentario para el retiro, ella permanece en su cargo porque, “como algunos músicos famosos que quieren morir tocando, ella quiere morir en un aula”. En lugar de disminuir sus bríos, el tiempo los intensifica, como si esta enfermera que descubrió su vocación bajo las balas rechazara la idea de irse con sueños inconclusos.

Su auspicio del proyecto del laboratorio de simulación para la Facultad de Ciencias de la Salud es muestra fehaciente de que Edith no quiere darle tregua a la vida. No solo ha parido la idea, sino que ha puesto por escrito cada uno de los aspectos que lo harán operativo. La finalidad es precisa en su vocación integradora: del moderno equipamiento se beneficiarán todos los y las estudiantes de Ciencias de la Salud, sin exclusiones discriminatorias.

De ahí que, tal como lo concreta su objetivo general, la nueva facilidad académica vendrá a “promover la formación de profesionales de la salud mediante la utilización de la simulación clínica en todas sus modalidades, cuya finalidad es no arriesgar la vida de los pacientes. Igualmente, modernizar y optimizar las prácticas de la docencia y los servicios a las estudiantes, implementando estrategias pedagógicas de la docencia, investigación y extensión que cumpla la Facultad de Ciencias de la Salud”.

No es mero capricho de alguien que desea acumular méritos y laureles. Es un logro para la mejor formación de las alumnas de Enfermería y otros profesionales del área de la salud, como para la UASD como institución: universidad que carece de este tipo de laboratorio no puede aspirar a la certificación internacional ni a ser reconocida en las listas clasificatorias de las academias. En términos más personales, el proyecto ancla en su experiencia de enfermera graduada sin que las aulas le hubieran brindado la posibilidad de entrenamiento práctico en el oficio. En él se proyecta la imagen de la joven Edith insomne porque un día le dijeron que, al siguiente, pondría a un paciente una inyección endovenosa. La sola idea de que en la vena de un brazo ajeno ella introduciría una aguja, sin que el paciente supiera que estaba practicando con él, la llenó de pavor.

Es el cúmulo de experiencias parecidas el que subyace a su ideación del proyecto al que el presidente Luis Abinader abrió las puertas de la concreción. Cuando las obras ya iniciadas concluyan, enfermeras y estudiantes de Medicina tendrán la posibilidad de realizar prácticas con muñecos conectados a programas computacionales que reproducen las reacciones humanas frente a las intervenciones externas. Más allá de la eficiencia en el procedimiento, está la parte humana: el cuerpo de las personas dejará de ser campo de prácticas novatas.

Hay en este proyecto tanto compromiso como persistencia. Para hacerlo valer y aceptarlo, Edith ha debido vencer enormes resistencias. Acostumbrada a sortear obstáculos, nada la desalienta. Sabe que, en muchos aspectos, la UASD es un campo minado que, con alguna frecuencia, hace saltar los sueños por los cielos, convertidos en virutas insignificantes; pero saberlo no la arredra.

Tan difícil como encontrar respaldo para proyectos innovadores, es lograr el reconocimiento unánime. Ella ha logrado ambas cosas, lo que Martín atribuye a tres hechos específicos: nunca falta a clases, llega a tiempo al aula, se entrega a la docencia por vocación. Cualidades que la convierten en rara avis en un medio tendencialmente propenso a la laxitud. Pero no solo es ejemplo de enseñanza, también lo es de servicio. Por eso, “cuando ella va a una clínica o a un hospital a visitar un enfermo, siempre se encuentra con enfermeras en las que ella sembró, profesionales que han pasado por sus manos, y que la reconocen con gran alegría”. Martín ha sido testigo de estas manifestaciones de aprecio. Con ocasión de la hospitalización en distintos momentos de su padre y su madre, en cada lugar hubo alguna enfermera que la identificó y se mostró dispuesta a “facilitar todas las cosas” a los familiares y pacientes. “Ella ha sido una sembradora, y está cosechando en vida parte de su siembra”.

Pese a esa trayectoria, Edith no ha aspirado nunca a cargos de mayor jerarquía que los desempeñados hasta ahora, los que quizá hubiera logrado con relativa facilidad dada su larga vinculación con la academia y sus méritos profesoraes. Tampoco esto ha sido azar o dejadez. Para Martín, que ella escogiera circunscribirse a la docencia en la Escuela de Enfermería en lugar de competir por el estatus obedece a su conocimiento “[...] de la politiquería de la UASD, donde son los clanes los que deciden ciertos puestos y ciertas cosas. Es muy duro tocarle la puerta a una persona, a la que no se le debe tocar la puerta, para que te dé un voto. Hay quienes son expertos en buscar votos, que tienen sus metas típicas de la pequeña burguesía de ascenso social rápido, a quienes hay que comprender, pero Edith no es una de ellas”.

Cómo Edith ha podido esquivar toda suerte de avatares, incluida la cada vez más acelerada exigencia de actualización tecnológica y metodológica, se explica en su dedicación al estudio. Los ochenta y cinco años cumplidos en el 2021, cuando se publica este texto, no han sido obstáculos a su crecimiento intelectual. Cualidad que, no obstante la cercana relación que mantiene con ella sigue sorprendiendo a Martín. “Ella no cesa de hacer cursos, a pesar de su edad, no para nunca. Siempre responde afirmativamente cuando la

invitan a un congreso, a un panel, a un coloquio. Es decir, tiene la vocación de ponerse a tono con los nuevos descubrimientos en su área y en su mundo. Es algo impresionante. Además, sirve de modelo a los y las jóvenes que consumen todos los días radio, prensa, televisión e internet. Por eso es un ícono referencial”.

La vida de Edith y de Martín está llena de historias compartidas. En este caso, la consanguinidad obliga. Algunas son puntos luminosos que, fijados en la memoria, hablan de voluntad y resiliencia. Para su relato, Martín escoge dos: “una nueva y otra vieja”, dice. La vieja resitúa a sus protagonistas en el comando empedeísta de la Escuela Argentina durante la revolución de abril de 1965. A este espacio insurgente llegó Martín de la mano de su madre para visitar a la prima. En la puerta, dos jóvenes que portaban fusiles fueron rápida y agresivamente atacados por otros miembros del comando que intentaron desarmarlos, logrando hacerlo solo con uno de ellos. Fue una escena violenta frente a la que Edith permaneció impassible, no así la madre de Martín quien, ganada por el pánico, protegió a su hijo. La impassibilidad de la enfermera y cocinera tenía una razón: el desarme era un simulacro del que ella estaba prevenida. La más reciente se relaciona con dos pérdidas: la desaparición en 1986 del hijo procreado en su primer matrimonio, que fue para ella “un golpe demoledor del que supo sobreponerse”, y las muertes de su madre Severina y de la progenitora de Martín. “Entre estas tres mujeres se produjo un concierto de complicidades que duró toda una vida. Nunca había visto a Edith tan triste como cuando murió mi madre, al punto de que no ha querido volver a una pequeña casa campestre construida por mi padre, donde nos reuníamos cada fin de semana”.

Aunque de naturaleza distinta, las vivencias recreadas por Martín hablan de una gran sensibilidad emocional. Entre una y otra hay cincuenta y dos años de distancia durante los cuales Edith ha experimentado cambios, como todo el mundo. Durante el simulacro en el comando, conservó la sangre fría y no se inmutó frente a la posibilidad de que el experimento resultara en otra cosa. Frente a la ausencia de personas profundamente amadas, la reacción ha sido distinta. Quizá se sobrepuso a la inusitada y estragadora desaparición del hijo, no así a la definitiva partida de su madre y su prima.

Martin no duda a la hora de hacer un diagnóstico de la personalidad de Edith: “ícono de la patria y de la UASD en un mundo donde los íconos ya desaparecieron o están en el camino de desaparecer. Una luchadora que se impuso a todo, incluyendo a los hombres. No tuvo suerte en sus relaciones, pero encontró sus amores en la enseñanza. Es una mujer feliz porque se siente a gusto con ella misma, con un par de recuerdos duros que aún no puede borrar. Ella sabe que está haciendo algo, que está sirviendo. Ella sabe que quiere morir así: trabajando y sirviendo”.

Capítulo V:

*Por los caminos de la
investigación*



V. Por los caminos de la investigación

Edith Ramírez Ferreira está convencida de que la práctica sin sustento teórico tiene poco alcance. Que anquilosada y rezagada, termina por no servir para su propio campo de aplicación. Intelectualmente inquieta, cuando aún ejercía de enfermera en la Maternidad San Lorenzo de los Mina se interesó en el programa Madre Canguro, iniciado por la perinatóloga Narda de Oleo en ese centro especializado en ginecoobstetricia. De esa inquietud surgió la idea, desarrollada poco después junto a la filóloga dominicana de origen español María Virtudes Núñez, de realizar un estudio interdisciplinar cualitativo sobre la pertinencia del método aplicado por el programa.

Corría el año 2012 cuando la doctora De Oleo replicó en la maternidad donde todavía presta servicio la metodología que desde tres años antes se venía utilizando en el Hospital Regional Universitario San Vicente de Paúl, en San Francisco de Macorís, para reducir la mortalidad neonatal de las criaturas prematuras o de bajo peso. Yadiel, primero en ser admitido en el programa, llegó al mundo cuando el embarazo de su madre Sugey Robles tenía apenas veintisiete semanas. Nueve años después, es un púber vigoroso cuya madre siente el doble orgullo de haberlo gestado y de servirle de incubadora cuando adelantó su llegada al mundo.

Ideado por los doctores colombianos Edgar Rey Sanabria y Héctor Martínez Gómez, el método es ponderado por organismos internacionales, como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), por sus

numerosas bondades emocionales y sociales: colocado sobre el pecho de la madre por todo el tiempo que le faltaba para finalizar la vida fetal, la criatura continúa desarrollándose en contacto con la piel materna, recibiendo su calor y alimentándose del seno. Formas de contacto que van mucho más allá de lo orgánico hasta convertirse en una comunicación afectiva que influirá de manera decisiva en la sobrevivencia del neonato prematuro. El pecho de la madre humana se constituye así en calco de la bolsa ventral donde las canguros animales terminan de incubar a sus crías, nacidas por naturaleza antes de tiempo.

Persuadida de la eficacia del método, el actual interés de Edith es darle el mayor sustento teórico posible en áreas que sobrepasan la mera documentación de la evidencia. Con esta perspectiva en mente, enlistó sus propias carencias teóricas y buscó la manera de suplirlas: cursó una maestría en epistemología de la investigación y solicitó el concurso de profesionales con experiencia en la ejecución de estudios cualitativos. Por esa vía se acercó a María Victoria Núñez, quien desde entonces la acompaña en la investigación sobre las madres canguro dominicanas. Los aspectos más relevantes del estudio que llevan a cabo al alimón quedaron recogidos en un artículo indexado en *Presencia*, una revista internacional de salud mental, investigación y humanidades, editada en español, inglés y portugués por la Fundación Index, una entidad privada radicada en Granada, España, cuyo objetivo es la promoción de la investigación sobre cuidados de salud en Europa e Iberoamérica.

En sus conclusiones, el artículo plantea la pertinencia de dar seguimiento a la experiencias de las madre canguro en su relación con la criatura a través de estudios que puedan aportar “resultados relevantes en cuanto al rendimiento académico de los niños canguro en los cursos escolares de la etapa preprimaria y primaria, en comparación con los niños nacidos a término y con los prematuros que no han asistido al PMC”. Hallazgos que también servirían eventualmente para “promover la construcción de un discurso científico transdisciplinar”, que contribuya “a fortalecer el conocimiento sobre los efectos positivos del PMC en el desarrollo cognitivo y lingüístico del bebé prematuro”.

“Nuestra investigación continúa, ahora desde otra perspectiva. Estoy interesada en saber —confiesa Edith— qué tan ansiosa se siente una madre pobre, carente absoluta de recursos, con una criatura amarrada a su pecho las veinticuatro horas del día. Todo tiene que hacerlo sin separarla: lavar, planchar, cocinar... Quizá no tiene trabajo ni marido, quizá fue violada, quién sabe. Pero tampoco me sentía capacitada para desentrañarlo por mí misma, así que le pedí a Mariví (María Victoria Núñez) que convenciera a una psicóloga uasdiana de participar en el proyecto. La gestión no rindió fruto, hasta que unas semanas después se incorporó una psicóloga que trabaja en la Maternidad de los Mina”.

Núñez resalta la repercusión en el mundo académico alcanzada por el estudio llevado a cabo junto a Edith, a quien conocía de antes porque coincidían con alguna frecuencia en los menesteres universitarios. Lanzadas juntas a la aventura de crear conocimiento coinciden en el interés por la calidad de la interacción entre la madre y la criatura.

“Lo que estamos haciendo es, por un lado, dar seguimiento a las vivencias de las madres porque es un choque bastante grande y es una forma de introducción en la vida del niño que cambia mucho la vida de la mujer. Por el otro lado, como lingüista, me interesa observar el proceso de emergencia de la comunicación del bebé prematuro con respecto a la interacción y el apego materno, con la familia y con la comunidad”.

Proceso complejo porque, como también reconoce Núñez, el universo objeto de estudio lo componen madres que, por lo general, tienen una condición social depauperada, están desempleadas, están solas o, de alguna manera, viven con lo mínimo indispensable. “Este programa de asistencia es fundamental para ellas porque es económico y muy efectivo para conseguir una supervivencia óptima de la criatura”. Visto desde ese ángulo, su significación se acrecienta porque la prematuridad y el bajo peso al nacer son condiciones cada vez más frecuentes en los neonatos, producto de la concurrencia de diversos factores sociales. A esto se agregan las proverbiales limitaciones hospitalarias, entre las cuales está la restringida

disponibilidad de incubadoras. De ahí que el programa de madres canguro en el que Edith y Núñez centran su atención académica, ofrece salida a problemas personales, pero también sociales, al economizar recursos a las familias y al propio sistema hospitalario.

Aunque en julio de 2019, y solo en la Maternidad San Lorenzo de los Mina, 4,037 niños y niñas con una de las condiciones apuntadas habían sido tratados con el método de la madre canguro, el programa tiene una difusión pública más bien discreta. Quizá las características del sector involucrado: mujeres, como las describen Edith y Núñez, mayoritariamente excluidas, como personas y como grupo, de los focos de la opinión, pero que, pese a ello, bregan durante semanas por la supervivencia de las criaturas que trajeron al mundo en condiciones tan desventajosas.

Núñez pincela las consecuencias del método en la vida de estas mujeres: “un choque tremendo que las obliga a cambiar completamente su forma de vida. Y tiene que ser así porque a veces son criaturas de veinticinco o veintisiete semanas... niños y niñas muy prematuros, que tienen características muy peculiares. Por ejemplo, no se pueden separar del pecho de la madre porque todavía no producen su propio calor, no pueden ser alimentados con otra leche que no sea la materna porque sus intestinos no pueden absorber las grasas animales de las leches de fórmula. De su parte, la madre no puede acercarse a la cocina, no puede bregar con químicos... Es una condición de vida muy particular. Son verdaderas heroínas”.

Desprovistas de otro apoyo que no sean las horas de docencia exoneradas por la UASD para que las dediquen a la investigación, Edith y Núñez están prevenidas de que deben continuar caminando solas. Promotor de la lactancia materna exclusiva, el programa sobre el que investigan no resulta gracioso para el mercado de los alimentos infantiles, especialmente el de las fórmulas, tan económicamente poderoso y políticamente experimentado en cabildeo. Así que ambas continúan su andadura a lomo de sus respectivos rocinantes sociales, mientras van consolidando una amistad a la que la academia nutre de sustancia.

“Edith fue quien me hizo conocer el programa —abunda Núñez—. Ella tiene una característica muy interesante, y es que conserva la mirada del joven investigador. Es una persona acuciosa, a quien le gusta estar buscando más y más información, estar leyendo, estar al día, hablar con este o con aquel, que incluso llama a una madre para preguntarle la razón por la que hace una u otra cosa o cómo resuelve las situaciones. Es una persona que tiene la mente en el proceso de investigación, algo que no todo el mundo consigue”.

Esa dedicación, de la que muchos podrían pensar que contrasta con la edad de Edith, es una de sus mayores aportaciones al trabajo académico que realizan ambas. Su amplia red de relaciones, a la que acude sin ínfulas intelectuales, ha provisto no pocos recursos imprescindibles para continuar avanzando, sea el concurso de una enfermera perinatal o la convocatoria de un grupo focal para el que se requiere la asistencia de una veintena de madres.

Volviendo al origen, Núñez recuerda las circunstancias que la acercaron a Edith. Profesora de la UASD, llevaba un programa sobre los hábitos de lectura y comportamiento lector de los y las jóvenes universitarios inscritos en la Facultad de Humanidades. Puesta al tanto, Edith se interesó vivamente en los resultados y le pidió replicarlo en la Facultad de Ciencias de la Salud porque entendía que la matrícula de Enfermería, mayoritariamente femenina, adolece de deficiencias en el proceso lector, invitación que Núñez aceptó. La idea fue realizar un estudio comparativo de los resultados en ambos conglomerados que permitiera definir pautas de mejoramiento de los problemas encontrados.

“Así nos conocimos. La réplica demandó la creación de un instrumento específico para las estudiantes de Enfermería, que después quedó en manos de las docentes para que continuaran trabajando. Estoy hablando de alrededor del año 2011. Mi involucramiento con el programa de madres canguro se da en el 2015. Un día me pidió conocer el programa, del que yo ignoraba todo. Nunca había pisado el hospital de Los Mina, pero ella insistió en mostrarme en qué consistía. Le dije francamente que siendo

profesora del área de Lingüística y Literatura tendría que buscar la conexión entre ambas cosas desde el punto de vista de la investigación. Que era necesario organizar un diálogo interdisciplinar. De esa búsqueda salieron dos trabajos: la narrativa de vida de esa experiencia y la interacción al interior de la diada, es decir cómo se comunica la madre con el niño”.

Diez años de trabajar juntas, de compartir alegrías y aprensiones, han producido un mutuo enriquecimiento intelectual y humano. Son amigas, aunque con una amistad que se basta a sí misma y no requiere de los rituales propios en el común de las relaciones de este tipo. Contribuye a que así sea la juventud espiritual de Edith, el infatigable espíritu que la lleva a estar siempre en movimiento, buscando qué más se puede hacer.

“Edith es muy responsable, muy comprometida con hacer el trabajo lo mejor posible. Tiene no solo el gran sentido social que le han dado todos sus años en la enfermería, sino también el provisto de un cierto carácter político de la izquierda de los años sesenta y setenta, cuyos procesos vivió cuando era muy joven. En la universidad se la busca siempre por todas esas facetas, que mantiene. Es una mujer patriótica, realmente”.

Núñez insiste en destacar el carácter patriótico de la amiga. “Es patriótica y es uasdiana institucionalista. Cada 28 de octubre, fecha aniversario de la fundación de la UASD, se levanta temprano para participar en la misa que se celebra en la iglesia de los dominicos y luego se va a la calle El Conde a tomarse un café y compartir con viejos amigos. Lo reitero: Edith es uasdiana y patriótica”.

Como amiga, es la mano siempre extendida, la voluntad desinteresada de arrimar el hombro, de contribuir con los problemas, grandes y pequeños, que afectan a las personas de su entorno. “Es una persona que disfruta con sus amigos y amigas, saber de ellos y que todo va bien”. Particularizando esas características, Núñez señala entre las principales afinidades de ambas el compromiso con la academia y el rigor de las investigaciones que llevan a cabo juntas. “Nosotras nunca nos reunimos para irnos a tomar un café por ahí o para ir de compras. Eso no está en nuestras cabezas, y tampoco

le veríamos mucho sentido. Nosotras nos reunimos en la cafetería de la Facultad de Ciencias de la Salud o en la de la Facultad de Economía para hablar de un proyecto, para ver cómo nos ponemos en contacto con otro investigador, para resolver un problema de metodología cualitativa o bien para reunirnos con estudiantes y ver qué pasa con una tesis que está bloqueada. Esa es nuestra vida, esas son nuestras conversaciones, nunca nos reuniremos para hablar de otras cosas. Eso no está en nuestra ruta”.

Las une también el amor por los libros, de cuya adquisición se informan o intercambian en préstamo. La neurociencia es tema que protagoniza muchas de sus conversaciones, y en las que aparecen nombres de reputados especialistas, como Stanislas Dehaene, el neurocientífico francés experto en el proceso lector que, de visita al país invitado por la UASD, pronunció varias conferencias de las que Edith no se perdió ninguna.

No recuerda que en algún momento hayan sostenido conversaciones cotidianas. Fuera de lo académico, Edith solo le ha hablado de la época revulsiva de los años sesenta y setenta, conocimiento que se le escapa a Núñez, llegada al país desde su natal España en 1997. Nada íntimo y, sin embargo, la relación entre ambas “ha sido muy bonita”. “Una se siente bien con este tipo de relaciones”. Humana, Edith tendrá defectos, pero ninguno con tanto peso como para que en el tiempo transcurrido desde que sus vidas se cruzaron, Núñez se apercebiera de ellos. Carácter fuerte sí tiene, pero ¿quién dice que esto es un defecto? “Tener un carácter fuerte a veces aleja un poco a las personas, pero no es malo en sí mismo”. “Ella tiene que bregar con un medio difícil, en el que no siempre a las enfermeras se las trata bien y eso, de alguna manera, va modelando la fortaleza del carácter”.

“Edith es una persona que vive mucho para su trabajo. Recuerdo que hará dos o tres años la universidad le hizo un reconocimiento, y ella dijo algo que llamó mi atención. Dijo: ‘A mí lo que me gustaría es morirme en la AUSD. Morirme dando clases’. Y es que ella no es una señora de esas que dicen ‘ahora me quedo en casa y me pongo a hacer tareas domésticas’. No, ella es una persona de lucha, de estar en la calle, de estar haciendo cosas todo el tiempo”.

Pensándolo mejor, quizá lo que le falte sea un pasatiempo que, al parecer, no tiene. En los nueve años que tienen tratándose de manera tan cercana, Núñez nunca la escuchado decir, por ejemplo, que le gusta ir al cine, no porque no disfrute una buena película, sino porque no lo tiene por costumbre. “Es una persona a la que la actividad profesional le absorbe completamente toda la vida. Quizá sería bueno que tuviera un pasatiempo, o quizá lo tiene, pero yo no lo conozco”.

Capítulo VI:

Dos amigas



VI. Dos amiga

Lourdes Herrera y Esperanza Beltré han compartido con Edith Ramírez Ferreira en las buenas y en las malas. La vocación las hizo coincidir en el camino profesional y los acontecimientos de la vida las llevaron a convertirse en amigas entrañables. No se disputan por ello, pero cuando comparten las experiencias personales de este vínculo, cada una habla como si Edith le perteneciera de manera exclusiva.

Durante treinta años, casi cada fin de semana, Edith se quedaba en la casa de Beltré cuando terminaba de impartir docencia en el Centro Regional de la UASD en Barahona. Noches largas de largas conversaciones, entre la que llegó como maestra y la que la recibió como alumna. Intimidad y sosiego. Familiaridad que, en las voces de los hijos de cada una, convirtieron los nombres propios en apelativos de parentesco.

En el caso de Herrera las circunstancias del acercamiento no fueron esencialmente distintas. Alrededor de 1981, siendo directora de la División Nacional de Enfermería del entonces vigente Instituto Dominicano de Seguro Social en la región Sur, la contrató como docente para tecnificar a las auxiliares de enfermería de las provincias sureñas. “Ella tecnificó todas las prácticas de enfermería que se aplicaban en la época, cuando no había profesionales, sino un personal que aprendía en la práctica. Gracias a sus enseñanzas pudimos mejorar la atención al usuario”. Concluido este ciclo, hará lo mismo con las enfermeras de la región noreste: Valverde, Santiago Rodríguez, Dajabón, Montecristi.

“Ella es una excelente maestra. Cualquiera puede ser docente, pero maestra no lo puede ser todo el mundo, porque la maestra debe tener paciencia, conocimiento de todo lo que afecta al ser humano para poder tratar a la persona en los diferentes momentos de su vida, y esas son cualidades que le sobran a Edith”.

Corría el año 1996 y ya para entonces Edith había acumulado méritos reconocidos dentro y fuera de su profesión. Lourdes ocupaba entonces la vicepresidencia de la Asociación Latinoamericana de Escuelas y Facultades de Enfermería (Aladefe). Convencida de las cualidades de quien ya para entonces era también su amiga cercana, presentó su candidatura, previamente decidida por la asociación dominicana que agrupaba a todas las escuelas universitarias del ramo, al galardón de Maestra del Año que le fue finalmente concedido por la Aladefe durante un acto celebrado en Valencia, Venezuela.

No era el primero ni sería el último que recibirá en su dilatada vida profesional, pero sí tuvo un significado especial por el prestigio y alcance de la organización que lo otorgaba. Fundada en Cuba en 1986, la Aladefe cuenta con el aval de la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe (Udual) que reúne a los más prestigiosos centros de estudios universitarios de la región e inscribe entre sus propósitos optimizar la docencia, elevándola a “la más alta calidad científico-técnica, humana y ética”, para contribuir con la mejora de la salud de los pueblos. Propósito gemelo del que impulsó a Edith hacia la enfermería apenas salida de la revolución abrileña.

Pocos años después, Edith se convertirá en asesora de la Asociación Médica del Caribe (Ameca), una organización no gubernamental fundada en 1994, también en Cuba, cuyo prestigio profesional le ganó cinco años después el estatus consultivo especial en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (Ecosoc). Con ochenta mil asociados en todo el continente americano y el Caribe, Ameca reúne en su seno a médicos, odontólogos, psiquiatras, psicólogos, sociólogos, enfermeras, técnicos, administradores de la salud y comunicadores dedicados a la temática científico-técnica.

Las investigaciones en el área de la longevidad llevaron a Ameca a realizar el Primer Congreso Internacional sobre Longevidad Satisfactoria, a resultas del cual fue creada una sección llamada el Club de los 120 Años. ¿El objetivo? Que las personas puedan alcanzar edad centenaria desarrollando actividades satisfactorias. Ahí vuelve a estar Edith, aportando el caudal de sus conocimientos teóricos y prácticos y convertida en miembro activa.

La relación entre ambas se extenderá a las aulas, ahora ellas como alumnas de una maestría en Metodología de la Investigación Científica, impartida en la Escuela de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la UASD. Como era de esperar, también compartieron la elaboración de la tesis: un estudio sobre la calidad de la atención de enfermería. “En opinión de nuestros asesores, esta tesis marcó un hito porque, según los médicos y la sociedad, a la enfermera no corresponde hacer diagnósticos sobre cuidados; sin embargo, nosotras hicimos un diagnóstico operacional que obtuvo una excelente valoración”.

A diferencia de lo que ocurre con Beltré, entre Edith y Herrera también se da la coincidencia en ese campo espinoso, y por lo general minado, de la política, no como militancia permanente, sino como respuesta a coyunturas en las que están en juego la institucionalidad y la democracia, ya sea en el país como en la UASD.

“En la universidad, sustentamos siempre las aspiraciones a la rectoría de la decana Emma Polanco. Lo hicimos en el 2014, cuando compitió y perdió de Iván Grullón, y lo volvimos a hacer en el 2018, cuando se impuso en las urnas para convertirse en la primera mujer al frente de nuestra universidad. Todas las enfermeras de la UASD, dirigidas por Edith y por mí, le ofrecieron su apoyo y trabajaron por su propuesta”. La política electoral también las ha llevado por los mismos caminos. Para apoyar a Luis Abinader, se involucraron en las tareas del proselitismo, Edith como asesora y ella como coordinadora adjunta del Frente Nacional de Enfermería con Luis Abinader.

“Todas estas experiencias dibujan con precisión la relación de amistad, profesional y científica que me une a Edith —agrega—. No hablo por hablar a favor de una amiga, sino de hechos por los que reconozco el valor que ella tiene”.

En el curso de esta amistad que ya dura cuatro décadas, Herrera ha visto a la amiga pasar por trances que la hubieran postrado de no ser poseedora de una fuerza interior que la ha aguijoneado siempre a seguir adelante. Cuando le ha tocado vivirlo, el dolor no ha logrado jamás desacelerar el ritmo de sus actividades ni la ha hecho olvidar sus deberes para con las personas de su entorno ni con la investigación y la docencia que la han convertido en un referente en el mundo académico universitario. Esta respuesta a la adversidad no emana de la indiferencia ante la vida: junto a la fortaleza de su carácter, que puede equivocar la apreciación de algunos, está una sensibilidad desbordante que la hace ir en ayuda de quien la necesite”.

De una templanza ética casi espartana, no disfruta el halago, merecido o inmerecido, lo mismo da, ni busca el resquicio por el cual colarse hasta posiciones de poder académico, más bien al contrario. Solicitada en numerosas ocasiones para ascender en las jerarquías uasdianas, no ha vacilado nunca en declinar la oferta. En su larga trayectoria repleta de reconocimientos por su contribución al sector de la enfermería y a su propia producción teórica de investigadora, solo ha aceptado, aparte de impartir docencia, la coordinación de las cátedras de Enfermería Comunitaria y Enfermería Contemporánea, pero no más de ahí. Sus declinaciones las justifica en su deseo de permanecer en continua relación los y las estudiantes y las personas usuarias de los servicios de salud.

En ocasiones, sus puntos de vista han diferido, y a Herrera le ha tocado ceder al embate argumental de la compañera, aun cuando esta no la ha convencido. Mejor ceder que enzarzarse en una discusión improductiva. No transcurrirá mucho tiempo sin que Edith reflexione sobre su terquedad y rectifique. Un episodio vivido durante una investigación en la Maternidad San Lorenzo de los Mina le sirve a Herrera para ejemplificar esta faceta del carácter de Edith. “Yo estaba entrevistando a dos enfermeras profesionales delante de ella. En desacuerdo con mi manera de hacer las cosas, me espetó

que no estaba bien preguntarles de forma tan directa, a lo que riposté alegando que a las personas hay que decirles las cosas como son; que, si había observado a las enfermeras entrar una hora después de la que afirmaban haberlo hecho, no podía pasarlo por alto y tenía que hacerles saber que estaba al corriente de su falta”. En el fondo, la de Edith no era una impugnación metodológica, sino una opción ética nacida de su convencimiento de que las personas no deben ser ofendidas en ninguna circunstancia, si bien podía llegar a darle la razón a Herrera sobre la necesidad de sancionar la falta de disciplina de algunas enfermeras.

“En el transcurso de nuestra amistad Edith ha sido un gran apoyo para mí. Fui directora de la Escuela de Enfermería durante dos períodos. En las campañas para lograrlo siempre me ofreció su respaldo que, sin embargo, no estuvo exento de críticas a mi estilo de relacionarme con los estudiantes que hacían proselitismo a mi favor. Para ella, yo fallaba en invitarlos a mi casa en una demostración de confianza que le parecía excesiva. Este pequeño desacuerdo no interfirió en su apoyo”.

Han reído juntas de cosas buenas, pero también han llorado profusamente algunas desgracias que las han afectado de alguna manera. El asesinato en el 2016 del exrector de la UASD Mateo Aquino Febrillet a manos del sindicalista Blas Peralta por una discusión política, fue una de esas ocasiones. “Eso nos laceró el alma, no podíamos comprenderlo”. Les sirvió de consuelo el fervor religioso que comparten y que las ocupa cuando necesitan respuestas que van más allá de las que puede ofrecer la inteligencia humana. La memoria de Herrera conserva también otros momentos en los que el desasosiego hizo presa el alma de Edith; en todos ellos la amistad ha cumplido su misión balsámica. Pero la imagen de ella que predomina en la visión de Herrera es la de una mujer entregada en cuerpo y alma al bienestar colectivo y el respeto por los derechos de las personas. “Cuando ella ve a un o una paciente, a los que se niega a llamar ‘usuarios’, se dedica enteramente a atenderlo. A los y las estudiantes les exhorta a tratar a las personas con calidad, a verlas como seres humanos, no como casos, no como una cama. Por ejemplo, cuando oye decir ‘la cama número tal’, corrige de inmediato: ‘no hay cama número tal, hay seres

humanos'. Ella es muy sensible, seria, responsable. A esto hay que agregar su calidad de madre”.

De esta última cualidad también tiene constancia de primera mano. Testigo de la ruptura con su segundo esposo, padre de Migeidy, la vio sobreponerse a las circunstancias, que no fueron agradables, y agarrar al toro de la vida por los cuernos. Nunca la asustó ser madre soltera a una edad en la que ya comenzaba a tener canas en el pelo. Se propuso continuar su camino y salió airosa.

De su parte, Beltré la conoció en la época en que Edith viajaba cada sábado a Barahona para impartir docencia a enfermeras que, pese a las dotes demostradas en la práctica hospitalaria, deseaban nutrir el empirismo con el conocimiento teórico. La Escuela Vocacional de las Fuerzas Armadas fue el escenario del primer encuentro. Fue ese el momento, y en eso corrobora a Herrera, en que será contratada por el IDSS para impartir docencia a las servidoras hospitalarias.

“Hicimos una gran liga, una gran química —evoca Beltré—. Cuando finalizó el curso, me incentivó a seguir estudiando; por ella decidí entrar a la universidad a cursar la licenciatura, y durante un año volvió a ser mi maestra”. La química entre ambas funcionó para toda la familia de Beltré, al punto de que durante los años en que Edith viajó sin mancar a Barahona para impartir docencia, la casa de la amiga fue el lugar en que se quedaba a descansar para regresar los lunes a la capital. “Mis hijas estaban pequeñas, y ella las bañaba, las peinaba. Después hizo lo mismo con una de mis nietas, que ya es profesional”. El esposo de Beltré también asumió a Edith “como una hermana” con la que compartía esparcimientos. Los domingos en que ella se quedaba en Barahona, solían salir en familia a divertirse juntos. Cuando Beltré enviudó, las lágrimas de Edith se confundieron con las suyas.

Las diferencias políticas nunca mellaron la solidez del vínculo. Simpatizante del perredeísmo Edith y del reformismo Beltré, supieron construir un sólido respeto mutuo. Nunca tuvieron “ni un sí ni un no”

por cuestiones partidistas. En tiempos electorales, cuando las caravanas proselitistas blancas y rojas, frecuentes los fines de semana, pasaban por la calle de Beltré, ambas expresaban sin tapujos su contento. “No exagero. Conozco pocas personas que hayan convivido como lo hemos hecho nosotras. Lo que le duele a una, le duele a la otra. Edith solo tiene que mirarme a los ojos para saber cuándo me afecta algún problema”. Ni el tiempo ni la distancia ni las circunstancias en las vidas particulares han logrado debilitar el vínculo. Apenas transcurre un día sin que hablen por teléfono o acudan a otros familiares para saber las causas cuando no lo consiguen. Juntas han sufrido pérdidas de personas entrañables, frente a las que Edith ha dado lecciones de resiliencia, haciendo más fuerte los lazos que anudaron hace cuarenta años.

Destaca también su persistencia en los proyectos que emprende, como su aliento al programa de las madres canguro que intentó llevar sin éxito a Barahona. No obstante este fiasco, supo salir triunfante de la lucha desplegada para mejorar las condiciones laborales y formativas de las enfermeras sureñas. “Ella trajo el internado y batalló a favor de que se impartiera completa la carrera de Enfermería, porque algunas de las asignaturas se ofrecían en Santo Domingo, y eso constituía un problema para algunas de nosotras que estábamos obligadas a viajar a la capital. En reconocimiento de esa conquista nuestro laboratorio lleva su nombre”.

Edith no circunscribía su vocación de maestra a las enfermeras, por lo que su interés abarcó también a todo el personal hospitalario, incluidas las personas que limpiaban los recintos. Ver a alguien limpiar el piso y sin haberse lavado las manos ponerlas sobre el picaporte, la descentraba. Para canalizar estas inquietudes, y sin pedir retribución, organizó cursos para educar a las diferentes categorías de empleados en buenas prácticas hospitalarias de higiene. Los talleres con este contenido se multiplicaron en el Hospital Jaime Montá y lograron mejorar la calidad de las prestaciones.

Entre las características que Beltré más aprecia de la amiga está su generosidad intelectual. Cada conocimiento que adquiere a través de sus lecturas o de su quehacer investigador es saber transmitido a sus compañeras

docentes y sus estudiantes. En momentos en que toma forma el laboratorio de simulación conseguido por la UASD, desarrolla paralelamente los contenidos de un curso para beneficiar a las enfermeras y auxiliares de enfermería con prácticas en esos escenarios simulados utilizando tecnología de última generación.

Coordinadora de la Escuela de Enfermería en el recinto barahonero de la UASD, Beltré encuentra en Edith la musa que la inspira. No le falta razón. Contagiada por la amiga con el virus de la superación académica, ha realizado estudios de grado en varias disciplinas vinculadas a su ocupación principal. “Todo lo que voy a hacer lo consulto con ella porque sigue siendo mi maestra”. Como maestra también continúa en el imaginario del grupo de enfermeras que, muy jóvenes entonces, avanzaron por caminos que antes de conocer a Edith no sospecharon. “Somos seis sus exalumnas. Ella nos formó a todas desde el inicio hasta el final de la carrera. Siempre fue excelente. Explica bien, insiste y tiene una extraordinaria vocación de servicio. Me enseñó a cuidar la privacidad del paciente, a no airear detalles frente a la persona enferma, sus familiares o extraños, algo frecuente cuando se hacen cambios de turno. Eso se llama humanización del servicio”.

Después de décadas de tanta cercanía, para Beltré fue un momento particularmente difícil saber que la maestra y amiga se retiraba de la docencia en el recinto barahonero de la UASD. El día de la despedida, mientras otras enfermeras que habían sido sus alumnas rendían homenaje a Edith con canciones y poemas, Beltré lloraba a lágrima viva. Podía entender racionalmente que la edad y el trajín que suponía recorrer la distancia entre la capital y Barahona conspiraban contra su permanencia en el aula, pero la sensibilidad se resistía obstinada. “Tengo que agradecer a Dios haberla puesto en mi camino. Como todo ser humano, puede tener fallas, pero son muchísimas sus virtudes: no habla mentiras ni acepta que tú las hables; no te engaña ni acepta que la engañen. No es rencorosa, lo que he llegado a reprocharle, y sin ser psicorrígida es muy exigente en el trabajo, lo cual no es malo sino una retroalimentación”.

Capítulo VII:

Una hija



VII. Una hija

Migeidy llegó a la vida cuando Edith mediaba los cuarenta años. Como nunca le ha faltado energía y ha sabido encarar la existencia con ecuanimidad y decisión, el naufragio de su segundo matrimonio, del que la niña era fruto, no la acobardó. No es que no le doliera la ruptura, más por la hija que por ella misma, pero, como buena enfermera, suturó la herida y continuó adelante.

El primer reconocimiento que Migeidy Samboy dedica a su madre es resaltar su fortaleza, que no hay que confundir con dureza. Ella lo entendió desde su más tierna infancia, cuando la vio trabajar de la mañana hasta la noche, sin excluir los fines de semana, para procurar los recursos que permitieran a ambas una vida digna. Además, muchos de los episodios de la vida le hubieran sido insoportables si careciera de esa coraza que le permite levantarse cuando cae. Una mujer a la que admira más allá del lazo filial que las une, y a la que cada día más quiere parecerse.

“Ella trabajó siempre muchísimo —recuerda—. Apenas la veía en las noches, incluidos los fines de semana, porque trabajaba en la UASD y en el hospital de Los Mina. En una época iba a dar clases en Higüey y, al día siguiente, en Barahona. Desde muy niña entendí que lo hacía porque era mi mamá y mi papá al mismo tiempo, y nunca le reclamé esas ausencias. Además, siendo una mujer soltera y con una niña, tenía también la responsabilidad de mi abuela. La vida de una madre soltera es siempre muy dura porque, sí o sí, tiene que echar para adelante”.

A Edith “nunca nadie le dio nada” para hacer frente a la crianza y educación de Migeidy. Como la inmensa mayoría de las mujeres en su situación, sufrió la ausencia del progenitor de la niña tan pronto terminó la relación. “En el país, la madre soltera es una tora, y la mía es una de ellas. Como nunca tuve apoyo paterno de ningún tipo, debió enfrentar todo sola”.

Que durante las ausencias de Edith la abuela ejerciera de madre sustituta no fue la razón fundamental que hizo entender a Migeidy que esas ausencias de Edith fueran la norma. “Creo que influyó mucho que ella me animó siempre a pensar por mí misma, a tomar mis propias decisiones y a no ir por el mismo camino por el que iba el resto de las jóvenes. Tengo muy claro en mi cabeza cuando, teniendo yo doce años, mis amiguitas me decían que querían casarse a los 25 años, tener familia, mientras mi sueño era tener un negocio propio y vivir en el extranjero y, entonces, casarme. Siempre antepuse crecer como mujer. He pensado y pienso así gracias a mi mamá, que nunca me presionó y me enseñó a no dejarme presionar por terceros”.

Obstinada en sus propósitos, como coinciden en describirla sus más cercanos, no repara en el tiempo que le tomará lograrlos. Su límite es la meta, y no la desalientan los obstáculos que alarguen el recorrido; sabe que finalmente llegará. Tan vívido es el ejemplo de constancia que Migeidy confiesa su esfuerzo por emularla. “Si, es una mujer fuerte, pero con un corazón enorme. Mi mamá tiene un corazón grandísimo. Es una persona a la que le encanta dar, y que a pesar de las cosas muy difíciles que le ha tocado vivir, no guarda rencor en su corazón”.

Entre todos los valores que reconoce en su madre, Migeidy pone el énfasis en su humanitarismo y en la discreción con que lo despliega, imbuida del precepto bíblico que aconseja no dejar saber a la mano izquierda lo que hace la derecha. “Con sus estudiantes no es la profesora que imparte la clase y los suelta. Aunque la fortaleza de carácter que ha tenido como madre la tiene también como maestra, sus estudiantes la quieren porque los impulsa a estudiar, a indagar, y eso se agradece. Lo mismo pasa cuando visita una clínica o un hospital, todo el mundo la saluda con aprecio. De haber sido política, hubiera sido un éxito”.

Mas el recuento de dolores en su vida es largo. Tres hermanos que fallecieron jóvenes, entre ellos el Condesito, el más gravitante de los ausentes. Y su primer hijo, “quien simplemente desapareció de la faz de la Tierra” cuando Migeidy apenas tenía cinco años, una experiencia que “como madre, debe ser devastadora. Aun así, a pesar de esas cosas, bastante destrozadoras para el corazón, ella continuó su camino”.

Es posible que de manera inconsciente la desaparición del hijo y el hermano planeara en la relación de ambas, pero nunca fue un propósito expreso. Migeidy quiso siempre ser “la niña buena, hasta donde se podía”. Quizá de este deseo de no contribuir con el sufrimiento de su madre, nació el apego que aún hoy las mantiene unidas, Migeidy sorda a las voces que le aconsejan romper amarras y vivir de manera autónoma. Por otra parte, su madre no ha interferido nunca en su independencia, la vida en común no da licencia para traspasar límites a ninguna de las dos, así que Migeidy se siente cómoda y no tiene entre sus prioridades cambiar de situación. No es que lo descarte, pero, de momento, no está en su horizonte. “Aunque a sus ochenta y cinco años mi mamá es independiente y trabaja, no es mi prioridad vivir sola. Aparte de que le debo mucho, no quiero que sienta que la abandono. Ese vacío que ella tiene por mi hermano desaparecido no quiero que lo sienta conmigo. Por eso no le pregunto nunca sobre mi hermano, porque sé que eso la lastima; si hablamos de él es porque ella inicia la conversación”.

Cuando apenas tenía dos años, la salud de Migeidy también supuso una profunda preocupación para Edith. A esa edad comenzó a sufrir convulsiones que la atención médica en el país no lograba diagnosticar con precisión y mucho menos sanar. Fueron cinco años de intenso ahogo hasta que un día, alentada por conocidos, miró hacia Cuba, pese a que no contaba con ningún recurso para costar viaje, hospitalización y estancia. “Pero ella tenía en sus manos la vida de su hija e hizo lo inimaginable para llevarme, y eso me salvó la vida”.

Como todo ser humano, Edith tiene sus demonios internos. Su mérito es haber sabido controlarlos enfocándose en cosas positivas. Habitando bajo

el mismo techo, la similitud de carácter puede tornar difícil la convivencia. “Puede sonar extraño, pero la realidad es que, por mucho que dos personas se parezcan, a veces chocan. Pero somos tan similares que, pasados cinco minutos, estos choques nos provocan risa. Ninguna de las dos sabe cómo guardar cosas en el corazón”.

Hubo una época, sin embargo, en que la hija se sumió en la indecisión sobre su proyecto de vida. A diferencia de la madre, iniciaba y abandonaba planes con frecuencia. Un ir y venir entre la certeza de lo que quería y el descubrimiento de que no era cierto. Sin trabajo, su aportación a la economía doméstica era nula. Edith no fue indiferente a la situación, que la molestaba, pero siguió brindándole soporte a Migeidy, confiada en que aquella inestabilidad sería transitoria. “Ahora que estoy en un buen camino en mi negocio, valoro que me haya apoyado siempre. Le tengo la mitad de la casa ocupada, pero sé que ella está contenta de ver cómo estoy alcanzando mi objetivo de salir adelante con mi emprendimiento”.

De ahí que la cotidianidad discurra en una tranquila armonía. Migeidy ocupada con el taller donde imparte clases sobre alteración de ropa, poniendo en práctica sus conocimientos de diseñadora; Edith concentrada en sus libros, en la preparación de la docencia y en el desarrollo de sus investigaciones sobre los cuidados de las madres canguro. Todavía conserva su amor por la música clásica, esa que aprendió a disfrutar pese a la pobreza material y cultural del ambiente que fue el suyo durante la infancia y la adolescencia, y que la hacía parecer un extraño injerto en su barrio. Con frecuencia, el hogar de ambas se llena de las notas de las obras de sus autores preferidos. Los proyectos que emprende son también tema de conversación entre Edith y su hija. Cada paso que da en sus investigaciones lo comparten e intercambian opiniones al respecto. En no pocas ocasiones Migeidy la ayuda a localizar información profesional en la internet.

De su parte, Edith celebra las aficiones de su hija, incluida la escalada, un deporte de riesgo que comenzó a practicar con apenas veintinueve años. Mayoritariamente masculino, la práctica del deporte exigía también salir de la ciudad, a lo que nunca se opuso, respetando la libertad de su hija

VII. Una hija

para dedicarse a ese disfrute. Con el tiempo, su única preocupación es una eventual caída y las fracturas que le pueda provocar una actividad que ya solo realiza de manera esporádica.

Capítulo VIII:

Sueños que permanecen



VIII. Sueños que permanecen

Una casa puede ser una biografía. Narrar la vida de sus habitantes, exponer los rasgos distintivos de su personalidad, susurrar secretos sobre el alma de su dueño. Eso ocurre con la casa de Edith Ramírez Ferreira. La escalera que conduce al segundo piso del dúplex, donde se refugia en su tiempo doméstico, habla de dos de los grandes amores de su vida. Justo al inicio, está colgado un primer cuadro. Mirándose a los ojos están el maestro José Cesteros y José Ramírez Conde, en un diálogo que nunca tendrá fin. Está pintado en colores muy fuertes, en los que predomina el ocre. Lo pintó Cesteros en tributo al amigo que se despidió de la vida el 21 de octubre de 1987, dejando a Edith en la más absoluta de las desolaciones. A continuación, llenando las paredes laterales y frontal de la escalera, los afiches conmemorativos de numerosos aniversarios de la fundación de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, perfectamente dispuestos. Un homenaje de amor a la academia a la que ha servido durante más de cuatro décadas.

A mano derecha del rellano está su oficina. La imagen de Florence Nightingale es lo primero que ve quien entra a este espacio que Edith aprecia como pocos. Incontables placas y diplomas de reconocimiento parecen decirle a la enfermera del siglo XIX que, más de cien años después, en una isla del Caribe, una colega le rinde el tributo de su admiración. Sobre una mesa redonda, en la que se sienta a conversar con Migeidy, una lámpara silueteada en cristal reconoce en su inscripción los aportes realizados por ella al desarrollo y profesionalización de la enfermería dominicana.

Le pasa amorosamente la mano y explica que es el símbolo de la enfermera en honor a Nightingale, conocida como “la dama de lámpara”, por hacerse acompañar de este adminículo durante sus rondas nocturnas para atender a sus pacientes. La luz imaginaria que brota de ella expresa la iluminación del saber y la interacción respetuosa con la persona enferma. Se la otorgaron las enfermeras de la región Este, dato que se agrega a los muchos que confirman el alcance del aprecio que la profesión siente por ella. Sobre la misma mesa, la figura de una mujer con un vestido de la época victoriana en tonos marrones con una discreta y estrecha placa en la base donde está inscrito el reconocimiento recibido por Edith de manos de la entonces vicepresidenta Margarita Cedeño. En una mesa baja adosada a la pared, todavía en su caja blanca atravesada por una cinta con los colores de la bandera nacional, la **Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana** en la categoría Salud y Enfermería recibida en marzo de 2021 de manos del presidente Luis Abinader y la ministra Mayra Jiménez. La toma en sus manos y la mira con orgullo. Cuando cada año leía sobre la ceremonia en que un grupo de mujeres eran reconocidas por sus aportes en diversos ámbitos sociales, jamás le pasó por la mente que podría recibir esa medalla porque, en definitiva, nunca ha hecho nada esperando que la premien.

En otras de las paredes cuelgan un afiche, varias fotografías en color de diversos tamaños y una litografía que comunican a quien las ven la armonía en que conviven en Edith sus convicciones políticas progresistas y sus convicciones religiosas. El afiche es el del Che confeccionado a partir de la fotografía icónica del fotógrafo cubano Alberto Díaz (Korda). Con boina estrellada y el pelo al viento, el guerrillero cubano-argentino exhibe un gesto desafiante. No era para menos. En el momento en que la foto fue tomada el 5 de marzo de 1960, el Che participaba en el funeral de las alrededor de cien víctimas de la explosión terrorista en el puerto habanero del barco La Coubre, que transportaba armas y municiones desde Bélgica para el joven gobierno revolucionario. En las fotografías que adornan la pared, aparece Fidel Castro, vestido impecablemente de verde olivo, conversando con un grupo de enfermeras que asistieron a un congreso celebrado en la capital cubana. Dos tienen un especial significado para Edith. En una de ellas, le presenta al líder cubano a la pequeña Migeidy; en la otra, Fidel Castro carga

amorosamente a la niña mientras ella lo mira con admiración arrobada. La litografía es de la Virgen de la Altagracia, de la que Edith es devota.

En esa habitación llena de objetos que tanto significan para ella, se sienta frente a la computadora para escribir las ideas que le bullen en la cabeza. Les da forma a propuestas de investigación y plasma el protocolo que debe regir el laboratorio de simulación de la Facultad de Ciencias de la Salud, a cuya realidad ha dedicado tanto esfuerzo y tantos insomnios. Ahora discute la propuesta de logo que tendrá ese laboratorio cuidando de que las cinco escuelas que integran la facultad estén debidamente representadas. No tiene muy claro cómo lo harán los publicistas, pero sí sabe que por nada del mundo la simbología de las enfermeras puede quedar excluida.

Para lo que no pudo utilizar su computadora fue para impartir las clases virtuales a las que obligó la pandemia. Y no porque la modalidad le fuera ajena (llegó incluso a pagar a un profesor para que la ayudara a superar sus posibles lagunas), sino porque, para ella, la presencialidad es insustituible. Es en el aula donde se siente maestra. En el contacto directo con sus alumnas y alumnos a quienes les advierte el primer día de clases que ella es “un guardia”, y que no admitirá ausencias o tardanzas, porque ella misma no se las ha permitido nunca.

La escritura que ejercita en la computadora también discurre por otros caminos hasta cierto punto ajenos al quehacer académico. No se siente escritora, pero invierte tiempo en escribir un libro en el que dialoga con la UASD, como si fueran dos amigas en plan de confidencias. Hace preguntas, y la UASD responde. Es preguntada, y ella responde a su vez. No revela el contenido de este diálogo que en ocasiones la asalta en medio de la madrugada, obligándola a salir de la cama para plasmarlo en la página impalpable de la pantalla de la computadora. En el cerebro de la máquina va acumulando esas confesiones que, es probable, tienen la pretensión de dejar para la posteridad la radiografía de una intensa relación amorosa.

En otra habitación está su biblioteca que, ni de lejos, acumula todos los libros que han pasado por sus manos. Ya lo ha dicho: el conocimiento

debe circular y, para ella, dejar un libro en un anaquel no contribuye a esa circulación. En su mayoría son libros de neurociencia, la disciplina en cuya comprensión está empeñada. Comienza a hablar de este nuevo interés y parece perder de vista los límites del tiempo. El funcionamiento del cerebro la fascina. Pero no solo libros contienen esta habitación. El Condesito es el verdadero protagonista del espacio. Numerosos artículos sobre su vida y su obra cuelgan plastificados de las paredes, mezclados con varios cuadros de gran formato, uno de ellos de María Moñito, el personaje incorporado a la plástica de Condesito como “sustrato étnico de la mujer dominicana, enmarcada en su papel de guerrera social, que enfrenta la vida y la maternidad, de la que fue un acendrado admirador”, como escribiera su viuda Virginia Goris. El simbolismo del espacio es patente: la terca nostalgia del hermano y su voluntad de vencer el tiempo inoculándose conocimiento. Ella imponiéndose al pasado y abriéndose al futuro.

Ningún otro lugar puede resultar mejor para pensar sobre la vida, para resumirla a partir de la forja de la propia y del bagaje existencial acumulado durante décadas de bregar casi siempre a contracorriente de las circunstancias. Su voz fluye tranquila, serena. Ella, como el poeta, ha vivido y lo confiesa.

“La vida tiene muchas etapas. Mucha alegría, mucha tristeza, mucha depresión. Una juega con eso. Te pones triste porque se muere un amigo, te alegras porque te enamoraste de los ojos de alguien. En lo que a mí respecta, puedo decir que me siento satisfecha porque he logrado lo que me propuse. Me dije siempre que no podía ser una más del montón, que tenía que ser buena enfermera. Quise destacarme, no para conseguir nada, sino para crecer como persona. Lo que deseo no se queda en sueños, porque hago los esfuerzos necesarios para que lo que estoy deseando, se dé. Me puedo morir ahora mismo, aunque Dios es quien sabe cuándo te vas o las cosas que te faltan por hacer. Quizá Él me tiene todavía aquí porque me falta algo. Sí, me falta ver inaugurado el laboratorio de simulación, por eso le pido a Dios que me dé fuerzas para llegar a ese momento en el que me imagino gritando de alegría. De todos modos, siento la satisfacción de haber sido reconocida en vida. Mientras, sigo mi ruta, haciendo cosas, haciendo trabajos. La vida vale la pena vivirla para dejar cosas”.

VIII. Sueños que permanecen



Galardonadas con la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana 2021



LA AUTORA MARGARITA CORDERO

Es periodista, ha trabajado en la radio, la televisión y la prensa escrita y digital. Entre otros cargos en el oficio en medios referentes de la comunicación y el periodismo, fue analista política y reportera del periódico El Siglo, directora ejecutiva de la Revista Rumbo, comentarista y entrevistadora del programa informativo Uno+Uno, y directora del digital 7 días.

Premio Caonabo de Oro al Periodismo 2013 y Premio Nacional de Periodismo 2015. Ha escrito los libros Prostitución, esclavitud sexual femenina, en colaboración con Cristina Cavalcanti y Carmen Imbert Brugal, La mujer en los procesos electorales 1986-1990, La comunicación para mujeres en el desarrollo. Informe de investigación, Mujeres de Abril y la novela Nosotras, las de entonces.

Su aporte al proyecto "Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana", es invaluable y contribuye al firme propósito del Ministerio de la Mujer de construir con el acervo de los aportes, en todos los ámbitos de la sociedad, que han hecho las mujeres dominicanas.

